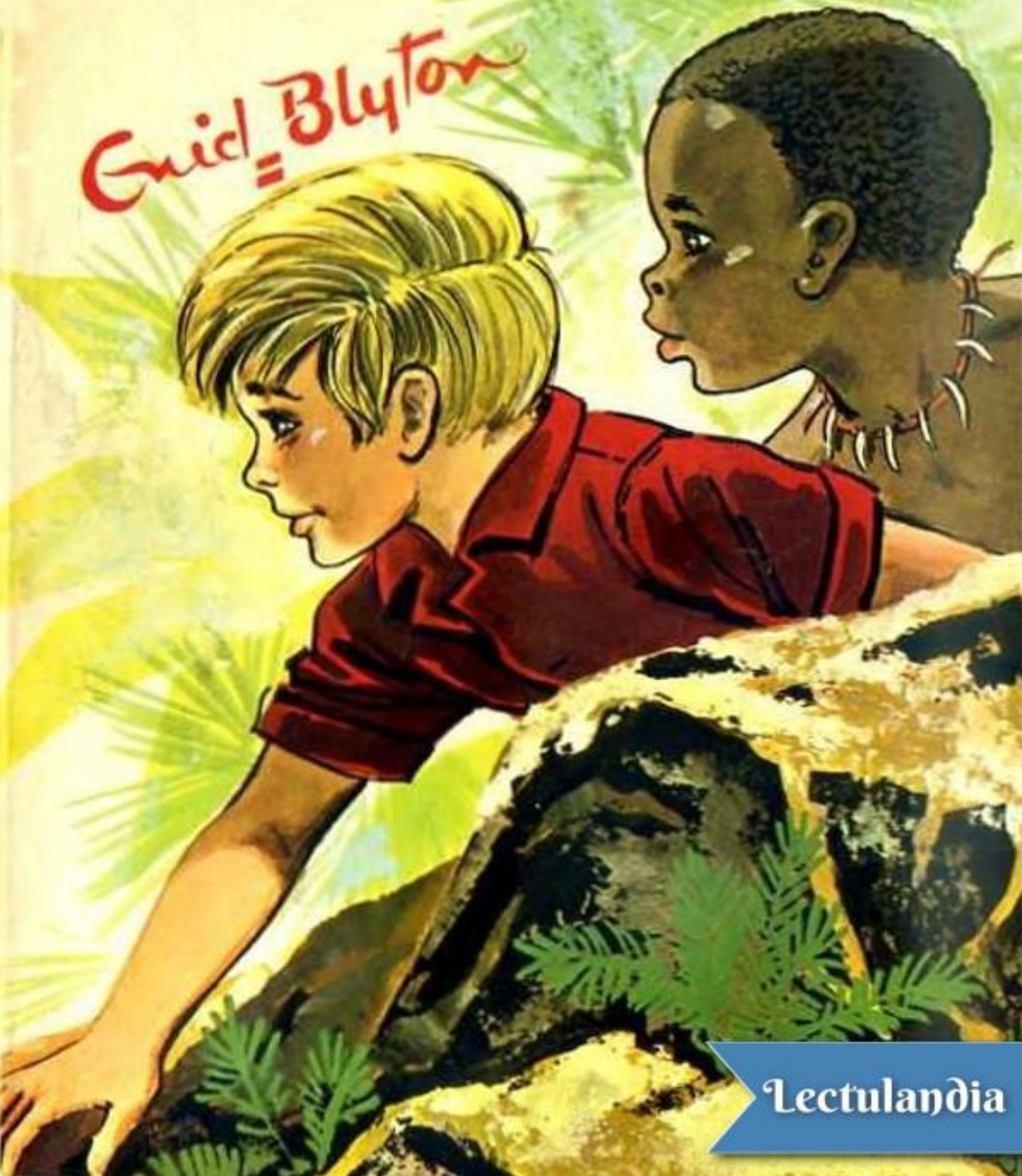


EL SECRETO DE LA MONTAÑA

Enid Blyton



Lectulandia

Estos textos relatan las trepidantes andanzas de unos niños siempre en camino hacia la aventura: Nora, Peggy, Paul, Mike y Jack, un grupo solidario que todo lo realiza en equipo.

En esta ocasión, los señores Arnold, padres de los niños, parten en su avión camino de África. Tras unos días de travesía, se pierde el contacto con ellos. Los días pasan sin noticias, hasta que los periódicos se olvidan de ellos. Paul, hijo del rey de Baronia y amigo de los niños, pone a su disposición su avión y sus pilotos para ir a buscar a los señores Arnold.

¿Conseguirán los niños encontrarlos?

¿Habrán caído en poder de alguna tribu del África misteriosa?

Lectulandia

Enid Blyton

El secreto de la montaña

Colección Secreto - 03

ePub r1.0

Prometheus 17.05.14

Título original: *The Secret Mountain*

Enid Blyton, 1941

Traducción: Eulalia Boada

Ilustraciones: José Correa

Diseño de cubierta: José Correas

Editor digital: Prometheus

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO EMPIEZAN LAS AVENTURAS

Una soleada mañana, cuatro niños contemplaban como dos hombres volteaban la hélice de un brillante avión.

Habían ido a despedir a sus padres, que se iban a África.

—Es divertido tener unos padres famosos que hacen maravillosos viajes a África —dijo Mike—. Pero no lo es tanto a la hora de la despedida.

—Volverán pronto —replicó Nora, la hermana gemela de Mike—. Dentro de una semana volveremos a verlos.

—Me parece que tardaremos más tiempo en estar con ellos —suspiró Mike tristemente.

—¡No digas eso! —protestó Peggy—. Dile que se calle, Jack.

Jack se echó a reír y pasó el brazo sobre el hombro de Mike.

—¡Ánimo! —dijo—. Dentro de una semana volveremos a estar aquí para darles la bienvenida, y habrá fotógrafos y periodistas para entrevistar a los hijos de los pilotos más famosos del mundo.

Los padres de estos niños aparecieron vestidos con trajes de aviador. Los abrazaron y les dijeron:

—No os preocupéis por nosotros. Regresaremos pronto. Podéis seguir nuestro viaje leyendo cada día los periódicos. Cuando volvamos os llevaremos de excursión y podréis estar levantados hasta las once de la noche.

—¡Qué bien! —exclamó alegremente Jack.

Una vez más se abrazaron todos, y los dos pilotos, los padres de los niños, subieron a la cabina de su poderoso aeroplano.



El capitán Arnold era quien pilotaba el avión durante la primera etapa del vuelo. Agitó la mano despidiéndose de los niños. El aparato comenzó a moverse lentamente sobre la hierba; después, cual si fuera un enorme pájaro, se elevó por los aires, dio un par de vueltas sobre el campo y luego tomó rumbo sur. ¡La gran aventura había comenzado!

—Creo que la «Golondrina Blanca» batirá otro récord —dijo Mike contemplando cómo el aeroplano iba haciéndose más y más pequeño en lontananza—. Vamos, chicos. Tomaremos unas limonadas.

Se dirigieron al comedor del aeródromo y, como estaban hambrientos, encargaron, además de las limonadas, una docena de panecillos calientes con mantequilla.

—Hemos pasado dos días de vacaciones estupendos —dijo Mike.

—Pronto tendremos que marcharnos de aquí y volveremos a la escuela.

—Bueno, chicas, no vayáis a perder vuestro tren —exclamó Jack mordiendo su panecillo.

—Cada día leeremos los periódicos para tener noticias de nuestros padres —dijo Peggy—. Y dentro de una semana volveremos a encontrarnos aquí para darles la bienvenida. «Será» maravilloso.

—Sin embargo yo estoy triste —dijo Mike—. Tengo la sensación de que tardaremos mucho tiempo en ver a nuestros padres.

—¡Oh! ¡Tú y tus presentimientos! —exclamó Nora riéndose—. A propósito, muchachos, ¿cómo está el príncipe Paul?

El príncipe Paul era un muchacho que iba a la escuela de Mike. El pasado año habían vivido muchas aventuras él y sus amiguitos Mike, Jack, Nora y Peggy, cuando el príncipe había sido apresado y lo sacaron de su patria, Baronia, y lo retuvieron prisionero en un viejo caserón que había pertenecido a unos contrabandistas; nuestros amiguitos lo libertaron y ahora Paul iba a la misma escuela de Mike y Jack.

—Paul está muy bien —repuso Mike—. Pero cuando nos marchamos se quedó furioso porque su maestro no le dio permiso para venir con nosotros a despedir a papá y a mamá.

—Dale muchos recuerdos y dile que nos veremos durante las vacaciones —le encargó Peggy, que se había encariñado con el pequeño principito.

—Tenemos que marcharnos —dijo Mike. —¡Ahí está el coche! Vamos. Jack y yo tenemos tiempo de acompañaros hasta el tren.

Antes de que llegara la noche los cuatro niños estaban ya en sus respectivas escuelas. El príncipe Paul estaba impaciente esperando a sus amigos Jack y Mike, y cuando los vio llegar echó a correr hacia ellos y empezó a ametrallarlos con preguntas.

—¿Visteis marchar a vuestros padres?... ¿Era muy grande el avión?... ¿Habéis

leído los periódicos de la noche?... Viene la fotografía del capitán y de la señora Arnold...

En efecto, los periódicos, todos los periódicos nocturnos, hablaban de la gran hazaña que llevaban a cabo los famosos pilotos. Los niños lo leyeron llenos de orgullo. ¡Era estupendo tener unos padres famosos!

—Preferiría que mi padre fuera un famoso piloto en lugar de ser rey —dijo Paul—. Ser rey no es muy divertido; sin embargo, siendo piloto se pueden hacer cosas maravillosas.

Durante los dos próximos días los periódicos siguieron hablando del famoso viaje, cuando, de pronto, ocurrió una cosa horrible. Mike había cogido el diario para leer noticias acerca de sus padres y lo primero que vieron sus ojos fueron estos titulares escritos con letra mayúscula:

«NO HAY NOTICIAS DE LOS ARNOLD. EXTRAÑO SILENCIO. ¿QUÉ LE HA OCURRIDO A LA “GOLONDRINA BLANCA”?»

La «Golondrina Blanca» era el nombre del avión en que viajaban el capitán y la señora Arnold. Mike se puso pálido al leer esto y tendió el periódico a su hermano Jack sin decir una sola palabra.

—¿Qué puede haberles ocurrido? —dijo Jack con voz desmayada—. Las chicas se disgustarán mucho cuando lo sepan.

—¿No te dije yo que presentía algo malo cuando fuimos a despedirlos? Por eso estaba tan triste —dijo Mike—. «Sabía» que algo les iba a ocurrir.

Las niñas estaban tan trastornadas como sus hermanos. Nora lloraba y Peggy intentaba consolarla.

—Deben de haber caído en medio de la selva africana —sollozaba Nora—. Dios mío, ¿qué les habrá ocurrido? Puede que los hayan devorado animales feroces, o que los salvajes los tengan prisioneros, o...

—Nora —le interrumpió Peggy—, tienen alimentos y armas. Si el avión ha sufrido un accidente puede que alguien los haya visto y los estén buscando día y noche. No seamos pesimistas. Esperemos.

—Quisiera ir a ver a los chicos —dijo Nora secándose los ojos—. Me gustaría saber qué piensan ellos.

La angustia de los cuatro niños creció al ver que ni al día siguiente ni al otro llegaban noticias de sus padres. Al cabo de unos días los periódicos se olvidaron de los pilotos perdidos y los niños se alarmaron y cada día que transcurría sin noticias aumentaba su preocupación y su tristeza.

Llegó el fin de semana y los cuatro niños fueron a Londres para pasar los tres días de fiesta en casa de sus padres. La señorita Dimmy, una vieja amiga, cuidaría de ellos durante este corto espacio de tiempo. El príncipe Paul se uniría a sus amiguitos aquella misma noche, pero antes tuvo que ir a visitar a su familia, que vivía al otro

lado de Londres.

—¿Sabes algo de papá y mamá? —preguntó confiado Mike al ver a Dimmy, a quien quería mucho.

—Querido niño, no debes preocuparte; se hace todo lo que se puede para encontrarlos —contestó Dimmy—. Han mandado varios aviones hacia donde creen que pueden haber aterrizado. Pronto los encontrarán.

Dimmy se llevó los niños al cine y durante la proyección de la película los pequeños olvidaron sus penas. El príncipe Paul se reunió con ellos después del té. Estaba muy excitado.

—Mi padre me ha mandado el regalo más bonito que os podáis imaginar para mi cumpleaños. Es estupendo. ¿A que no lo adivináis?

—Un elefante rosa —dijo Mike.

—Un pijama azul —exclamó Nora.

—Un ratón mecánico —terció Peggy.

—Un cascabel —dijo Jack.

—No digáis tonterías —gruñó Paul—. No lo adivinaríais nunca. Me ha regalado ¡un avión para mí solo!

Los cuatro niños se quedaron contemplando a Paul mudos de sorpresa. Ellos sabían que el padre de Paul era un poderoso y acaudalado rey, pero aun así, un avión les pareció un regalo extravagante para que lo tuviera un muchachito de la edad de Paul.

—¡Un avión! —exclamó Mike—. Sí que tienes que estar contento, Paul. Pero eres demasiado niño para poder pilotarlo. No te servirá para nada.

—Sí que me servirá —repuso Paul—. Mi padre me ha mandado con el avión un experto piloto. Puedo volar sobre vuestro pequeño país, Inglaterra, y conocerlo bien.

En aquel momento un vendedor de periódicos gritaba:

—¡El diario! ¡El diario de la tarde! ¡Han encontrado el avión perdido! ¡Han encontrado la «Golondrina Blanca»!

Con un aullido de alegría los cuatro niños se precipitaron escaleras abajo para comprar el periódico. Pero les esperaba una terrible decepción. Era cierto que habían hallado la «Golondrina Blanca», pero ni el capitán ni la señora Arnold estaban allí. ¡Habían desaparecido!

Los niños leyeron la noticia en silencio. El aparato había sido descubierto por uno de los aviones que habían ido en su busca. Algo había fallado en el motor de la «Golondrina Blanca» y el capitán Arnold había aterrizado sin que el avión sufriese daño alguno, pero...

—¡Han desaparecido! —dijo Peggy al borde de las lágrimas—. Y todos los indígenas a los que han preguntado no saben nada, o dicen no saberlo, que viene a ser lo mismo.

—Creo que «podríamos» ir a África y buscarlos —propuso Mike, que no tenía idea de lo enormemente grande que era África.

El príncipe Paul cogió el brazo de Mike y le miró con ojos brillantes.

—«Iremos» —exclamó—. Iremos con mi avión, y Pilescu, mi piloto, puede llevarnos. Siempre está dispuesto a correr aventuras. No volvamos a la escuela, Mike; marchémonos en mi avión.

Los otros niños le contemplaron boquiabiertos. ¡Vaya idea!

—Eso no es posible —les desanimó Mike.

—¿Por qué no? —preguntó Paul—. ¿Es que tienes miedo? Bueno, entonces iré yo solo.

—De ninguna manera —exclamó Jack—. Es una idea estupenda. Juntos hemos corrido grandes aventuras. Ésta puede ser otra. ¡Vamos!... ¡Oh, vámonos ya!

CAPÍTULO II EN MEDIO DE LA NOCHE

Ninguno de los cinco chiquillos pensó en los riesgos y el peligro de la aventura que iban a emprender.

—¿Se lo diremos a Dimmy? —inquirió Nora.

—Claro que no —repuso Jack—. ya sabes cómo son las personas mayores. En seguida llamaría por teléfono al piloto de Paul y le prohibiría que nos llevase.

—Pues me parece muy mal marcharnos sin decirle nada —indicó Nora, que era una entusiasta de la señorita Dimmy.

—Le dejaremos una nota y la leerá cuando nosotros ya estemos lejos —dijo Mike—. No es necesario que lo digamos a nadie más. ¡Qué suerte que a Paul le hayan regalado un avión para su cumpleaños!

—¿Cuándo nos iremos?... ¿Ahora mismo? —preguntó Paul con los ojos brillantes.

—No seas tonto —repuso Jack—. Tenemos que llevarnos algo de ropa y armas.

—No me gustan las armas —replicó Nora—. Pueden dispararse solas.

—Vosotras, las muchachas, no tenéis por qué tocarlas —dijo Jack—. Y... ¿dónde podemos encontrar armas?

—Pilescu, mi piloto, puede conseguir todas las que queramos —repuso Paul—. No os preocupéis.

—Pero ¿cómo sabrá las que necesitamos? Ni yo mismo lo sé —inquirió Mike.

—Yo se lo diré —contestó Paul decidido—. Le voy a llamar por teléfono.

Paul sostuvo una extraordinaria conversación con el atribulado piloto. Finalmente, Pilescu dijo que iría a verlos personalmente. No creía que fuera a poder hacer lo que Paul le pedía.

—Supongo que tu piloto rehúsa hacer lo que le pedimos —dijo Jack con recelo—. Un piloto inglés se reiría de nuestra pretensión y nos diría que volviéramos a la escuela o algo por el estilo.

—Pilescu es mi criado —exclamó Paul levantando la barbilla y mirándolos a todos con aire majestuoso—. Ha hecho el juramento de servirme toda la vida. Tiene que hacer lo que yo diga.

—Suponte que se lo diga a tu padre... —quiso saber Mike.

—Entonces no lo querría más como a mi criado. Lo cual le entristecería mucho porque me quiere y me respeta y yo soy su príncipe y un día seré su rey.

—Hablas como el libro de Historia —se admiró Peggy—. Procuraremos que Pilescu haga lo que nosotros digamos. Ya pronto llegará.

Pilescu llegó al cabo de veinte minutos. Era un tipo raro: muy alto, muy fuerte, con ojos oscuros de mirada feroz, y tenía una barba rojiza que parecía llamear cuando le tocaba el sol.

Saludó gentilmente a cada uno de los niños y habló a Paul con dulce voz:

—Mi príncipe, no puedo creer que usted desee que yo haga lo que me ha dicho por teléfono. No es posible. No puedo hacerlo de ninguna manera.

El príncipe Paul se puso rojo de rabia y dio una patada en el suelo.

—¡Pilescu! ¿Cómo te atreves a decirme esto? Mi padre, el Rey, me dijo que tú debías obedecer mi más mínimo deseo. ¡Te despediré! Te mandaré otra vez a Baronia y pediré a mi padre un servidor más fiel.

—Mi pequeño príncipe, yo le tuve en mis brazos cuando nació y entonces juré que usted sería mi amo —exclamó Pilescu con voz temblorosa—. Nunca le dejaré, pero no me pida, por favor, algo que pueda poner en peligro su vida.

—¡Pilescu!... Yo, el hijo de un rey, ¿puedo temer al peligro? —replicó Paul—. Éstos que ves aquí son mis amigos. Están en un apuro y yo he prometido ayudarlos. No olvides que ellos me salvaron cuando me raptaron en mi país. Ahora yo debo ayudarlos. Tú harás lo que yo diga.

Los cuatro niños le miraban atónitos. Ellos no habían visto a Paul actuando como un príncipe. Antes de diez minutos el piloto prometía hacer todo lo que su pequeño amo le mandase. Saludó a todos y se marchó antes de que Dimmy regresase y lo encontrara allí.

—Bien, ahora todo lo que tenemos que hacer es esperar a que Pilescu nos avise de que está ya todo listo para marcharnos —dijo Mike.

Antes de que anocheciera, Pilescu llamó a Paul por teléfono. El muchacho corrió a dar la noticia a los otros chicos.

—¡Pilescu ya lo tiene todo arreglado! Ha comprado todo lo que necesitaremos. Ha dicho que nos llevemos dos bolsas de mano con nuestras cosas. Ahora mismo vamos a hacer el equipaje. Tenemos que dejar la casa a medianoche, meternos en un coche que nos estará esperando en la esquina y dirigirnos al aeródromo.

—¡Qué divertido! —exclamó Mike.

Las chicas daban saltos de alegría pensando que la gran aventura pronto iba a dar comienzo. Solamente Jack parecía un poco confuso. Él era el mayor y se preguntaba si hacía bien permitiendo que las niñas les acompañasen en su extraña aventura.

Pero todo estaba ya decidido; sólo les faltaba arreglar las bolsas de viaje. ¡Era preciso arreglarlo todo en seguida! ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Acabaron pronto de llenar las bolsas, pero estaban tan excitados que ni ellos mismos sabían lo que habían empaquetado. Con manos temblorosas ataron las correas y Mike fue a buscar papel para escribir una nota a Dimmy.

Colocó la nota escrita en el espejo del tocador del cuarto de las niñas. La nota decía así:

Querida Dimmy:

No te preocupes por nosotros. Vamos a buscar a papá y a mamá.

Dentro de poco volveremos sanos y salvos.

Besos de todos.

Dimmy había salido para ver a una amiga suya y no regresó hasta las nueve de la noche. Los niños habían decidido meterse vestidos en cama; así Dimmy no les haría preguntas si los veía en sus cuartos.

Dimmy se sorprendió al ver a los niños ya acostados. Subió a las habitaciones de los niños para darles un beso y desearles buenas noches. Ella no podía sospechar que no llevaban sus ropas de dormir, sino que estaban metidos en la cama ¡completamente vestidos!

—Debéis de estar muy cansados —les dijo—. En fin, buenas noches, queridos, que durmáis bien. Todavía os queda un día de vacaciones.

Los niños se estuvieron quietecitos hasta que Dimmy salió de sus cuartos y cerró la puerta. Entonces encendieron la luz y se pusieron a charlar.

—No te levantes de la cama. Esperemos que Dimmy se vaya a dormir —susurró Jack a Mike.

Permanecieron quietos en su cama durante una media hora y entonces... ¡Nora se durmió! Peggy tuvo que despertarla y Nora se mostró muy sorprendida de ver que llevaba el vestido puesto, pero en seguida recordó la gran aventura que iban a emprender y se frotó los ojos para espabilarse.

Mike miró la hora en su reloj fosforescente. Eran las once y media. Pronto tendrían que marcharse.

—Vayamos primero al comedor a buscar algunos bizcochos —propuso Jack—. Tengo hambre. Ahora, todo el mundo quieto. No..., ¡quítate esos zapatos que rechinan! Hacen tanto ruido como una docena de ratones chillando.

Nora se quitó los zapatos y se los puso bajo el brazo. Jack y Mike cogieron las bolsas y los cinco niños se dirigieron silenciosamente al comedor. Encontraron la lata de los bizcochos y comenzaron a comer. El ruido que hicieron al abrir la lata se oyó por toda la casa en el silencio de la noche.

—¿Queréis que Dimmy nos oiga? —preguntó Nora con enfado. Entonces se atragantó con el bizcocho y empezó a toser.

—¡Cállate! —rugió Jack.

Jack agarró el mantel y envolvió con él la cabeza de la pobrecita Nora. Así lograron apagar el ruido de la tos, pero Nora se enfadó mucho con Jack.



Arrojó el mantel lejos de sí y se enfrentó con él.

—¡Casi me ahogas!... ¡Eres horrible!

—¡Chisst! —susurró Mike—. No es momento de reñir. Escuchad..., están dando las doce.

Dimmy estaba durmiendo tranquilamente cuando los cinco niños pasaron frente a la puerta de su cuarto. Bajaron la escalera de piedra y se encontraron frente a la puerta que daba a la calle, la cual abrieron con sumo cuidado.

—Esta puerta hace mucho ruido al cerrarse. Dejadla abierta —avisó Jack.

Dejaron la enorme puerta abierta y empezaron a caminar por la calle esperando no encontrar a ningún policía.

Afortunadamente no encontraron ninguno. Cuando llegaron al final de ella, Mike cogió el brazo de Jack.

—¡Mira!... Allí hay un coche. Debe de ser el que nos espera.

—Sí que lo es —exclamó Jack—. ¿Verdad que sí, Paul?

Paul asintió y todos cruzaron la calzada para ir hacia donde estaba un enorme coche de color azul y plata que los estaba esperando. El avión de Paul también era de color azul y plata, igual que todos los aviones de Baronia.

Del coche bajó un hombre que les abrió la puerta para que los niños subieran. Llevaba un uniforme del mismo color que el coche: azul y plata. Como la mayoría de los baronianos, era corpulento y muy alto. El hombre hizo una reverencia a Paul.

El coche partió veloz. Los niños estaban terriblemente excitados. Era maravilloso ir en avión y, además, ¡quién sabe qué aventuras los esperaban!

Llegaron al aeródromo, que estaba completamente a oscuras, excepto unos faros que había en el centro del campo, donde estaba el maravilloso avión del príncipe Paul listo para emprender el vuelo.

—Los llevaré en coche hasta la escalerilla del avión —dijo el conductor al príncipe Paul, que estaba sentado a su lado.

—Estupendo —dijo Paul—. Así entraremos sin que nadie nos vea.

CAPÍTULO III

UN VIAJE APASIONANTE

El coche corrió suavemente por el campo hasta situarse al lado del avión. Pilescu ya estaba allí. Su gorra de color rojo brillaba a la luz de los focos. Con él había otro hombre.

—¡Hola, Ranni! —saludó Paul alegremente—. ¿También vienes con nosotros?... ¡Me alegro mucho de verte!

Ranni levantó al príncipe del suelo y lo abrazó. Su rostro brillaba de alegría.

—Mi pequeño amito —exclamó—. Voy con ustedes. Creo que no está muy bien lo que piensa hacer, pero los reyes de Baronia han sido siempre unos hombres valientes.

Paul se reía. Era fácil adivinar que quería mucho a Ranni y que estaba muy contento que fuera con ellos.

—¿Cabremos los siete en mi avión? —preguntó Paul observando el enorme aparato.

—Desde luego —afirmó Pilescu—. Vámonos rápidamente de aquí antes de que los mecánicos vengan a ver qué está sucediendo.

Los niños subieron por la escalerilla del avión a la cabina. El interior del avión era como una habitación grande y confortable. ¡Qué maravilla! Mike y los otros chicos estaban realmente asombrados.

—Es un avión fabuloso; mucho mejor que la «Golondrina Blanca» —dijo Mike.

—Baronia tiene los mejores aviones del mundo —explicó Pilescu con orgullo—. Es un pequeño país, pero nuestros inventores son los mejores.

Los niños se sentaron en los lujosos sillones. Paul, que estaba muy animado y se sentía orgulloso de poseer tal maravilla, enseñaba a sus amigos cómo se abatían los asientos sólo tocando un botón y se transformaban en cómodas y blandas camas.

—¡Oh! —exclamó lleno de sorpresa Jack, transformando en seguida su sillón en cama—. ¡Parece cosa de magia! Estaría haciendo esto toda la noche...

—Debes colocar bien tu asiento en seguida —ordenó Pilescu—. Tenemos que marcharnos ahora mismo. Hemos de recorrer muchos cientos de millas antes de que amanezca.

Los chiquillos colocaron sus asientos en posición recta. Paul hablaba por los codos. Nadie tenía sueño. Era todo demasiado fantástico para pensar en dormir.

La gran hélice empezó a dar vueltas y más vueltas y el aparato comenzó a trepidar y rugir. De pronto, con una sacudida, el avión comenzó a correr por la pista.



Se balanceó un momento y entonces, como si fuera un pájaro gigantesco, pasó rozando casi los hilos de telégrafo que atravesaban de parte a parte el campo de aviación.

Los niños apenas se dieron cuenta de que ya estaban volando.

—¿Todavía estamos corriendo por la pista? —preguntó Mike mirando por la ventanilla.

—Claro que no —repuso Ranni sonriendo—. Ya hace rato que estamos por los aires.

—¡Madre mía! —exclamó Peggy maravillada. Los niños tenían que hablar en voz alta porque el motor del aeroplano hacía bastante ruido.

Aquel vuelo en plena noche les resultaba algo realmente extraordinario a los chiquillos. Tan pronto el avión abandonó el suelo, sus ruedas se escondieron en el interior de la carlinga y desaparecieron. Cuando el avión aterrizase volverían a bajar. Volaban a través de la oscuridad, rectos como una flecha. Pilescu era un buen piloto, podían ir seguros.

—¿Por qué viene con nosotros Ranni? —preguntó Paul a Pilescu.

—Porque él también sabe pilotar un avión y... me ayudará a vigilar a una multitud de chiquillos...

—No necesitamos que nos vigilen —se indignó Mike—. Podemos cuidarnos solos. Una vez, cuando huimos a una isla secreta, estuvimos solos meses y meses.

—Sí, ya he oído esa extraña historia —dijo Pilescu—. Pero debo llevar alguien que me ayude y Ranni me pareció el mejor. Podemos estarle agradecidos que haya querido venir a ayudarnos.

Nadie sabía entonces cuánto iban a necesitar la ayuda del buen Ranni. Ahora atendía a los niños con gran cariño; les daba chocolate caliente, les hacía una riquísima sopa de tomate, les preparaba refrescos...

—Me gusta mucho todo lo que nos preparas, Ranni —dijo Peggy—. Estoy muy contenta de que estés con nosotros.

Ranni sonrió amablemente. Era muy gentil y adoraba al pequeño Paul.

El avión había volado, hasta entonces, sin ningún contratiempo —la verdad era que los niños ni se daban cuenta de que el aparato se movía—, pero, de pronto, sintieron una fuerte sacudida y el avión descendió bruscamente. Los baches se repitieron dos o tres veces y Paul comenzó a alarmarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paul.

Mike se rió del susto de Paul. Él había subido anteriormente en avión y sabía lo que estaba ocurriendo en aquel momento.

—Estamos cruzando una bolsa de aire —le explicó a Paul—. Cuando estamos dentro de ella descendemos bruscamente. Espera y verás cómo descendemos de golpe cuando pasemos por una gran bolsa de aire... ¡Será divertido!

No tardó mucho tiempo en ocurrir lo que pronosticó Mike. De pronto el avión dio una violenta sacudida y bajó súbitamente, como si fuera a caer. Paul se agarró muy asustado a su asiento y su cara se volvió de un color verdoso.

—Me siento mal —dijo con débil voz.

Ranni trajo en seguida una bolsa de papel grueso.

—¿Para qué es esto? —preguntó Paul volviéndose más verde—. Esto no estaba en nuestro equipaje.

Sus amigos se rieron. Les sabía mal que Paul se sintiera mareado, pero estaba realmente cómico escudriñando dentro de la bolsa para ver si había algo.

—Esto es para cuando uno se marea —le explicó Jack—. ¿No sabes para qué sirve?

Pero, después de todo, no necesitó usarla porque el avión salió de las bolsas de aire y reanudó su vuelo normalmente y Paul en seguida se sintió mejor.

—No volveré a comer chocolate —dijo Paul.

—Apuesto a que sí —replicó Jack, que sabía que a Paul le gustaba mucho y siempre estaba comiendo esta golosina—. Estamos viviendo una magnífica aventura. Dentro de un rato veremos amanecer desde aquí arriba.

Pero no lograron disfrutar de este bello espectáculo porque al cabo de un momento... ¡todos se durmieron! Nora y Peggy habían comenzado a bostezar, y como eran ya más de las dos de la madrugada, Ranni les aconsejó que sería mejor que durmieran un rato.

—No queremos dormir —dijo Nora—; no cerraré los ojos. No quiero dormir...

Ranni puso unas mantas sobre las rodillas de los niños y regresó a su sitio al lado de Pilescu.

Al cabo de poco rato, Nora, Peggy y Paul no pudieron mantener por más tiempo los ojos abiertos y cayeron en un profundo sueño. Los otros dos muchachos no tardaron en imitarles. Ranni dio un codazo a Pilescu y éste miró sonriente a los niños dormidos.

Ranni y Pilescu empezaron a hablar en su idioma mientras el avión volaba en medio de la noche. Tenían que volar muchos cientos de millas antes de que empezara a amanecer. Era maravilloso contemplar la salida del sol desde un avión.

Al cabo de muchas horas el cielo comenzó a cambiar gradualmente de color. Ranni apagó las luces del aparato. Una luz dorada iluminaba el cielo y la tierra.

—Azul y oro —dijo Ranni a Pilescu—. Es una lástima que los niños estén durmiendo y no puedan verlo.

—¡No los despiertes, Ranni! Vamos a tener un viaje bastante pesado. Espero que volvamos pronto una vez que los niños se den cuenta de que es imposible encontrar a sus padres. No permaneceremos en África mucho tiempo, ya lo verás.

Los niños seguían durmiendo y cuando se despertaron eran ya más de las ocho de la mañana y el sol estaba ya alto en el horizonte. Abajo se veían grandes extensiones de nieve.

—¡Mirad!... ¡Nieve! —exclamó Paul frotándose los ojos—. Te dije que fuéramos a África, Pilescu, no al Polo Norte...

—No es nieve, son nubes —dijo Nora mirando con atención el magnífico panorama—. Mira, Peggy, parece como si pudiera andarse sobre ellas.

—Bueno, es mejor que no lo intentemos —dijo Mike—. Ranni, avísanos cuando vayamos a aterrizar. Ahora tengo hambre.

Ranni preparó el desayuno en una pequeña cocina que había en el avión. Cocinó jamón, huevos, tostadas y café. Los niños estaban hambrientos y aspiraban con deleite el aroma que procedía de la cocina, mientras contemplaban el panorama de impresionante belleza.

Entonces pasaron por entre un claro en las nubes y los niños dieron un grito de sorpresa.

—¡Mirad todos!... ¡Estamos volando sobre el desierto!

—¿Dónde estamos? —preguntó Mike excitado.

—Estamos volando sobre África —repuso Ranni mientras les servía el desayuno—. Ahora comed, que hace ya rato que pasó la hora del desayuno.

Fue una comida magnífica. Era maravilloso pensar que cenaron en Londres y estaban tomando el desayuno en África.

—¿Sabe en qué lugar aterrizaron nuestros padres, Pilescu? —preguntó Mike.

—Ranni os lo mostrará en el mapa. Tendremos que descender a repostar gasolina, pero vosotros permaneceréis escondidos en el avión, puesto que probablemente me buscaría complicaciones por volar con chiquillos.

—No temas, nos esconderemos bien —aseguró Paul—. ¿Dónde está el mapa, Ranni? Enséñanoslo. Me gustaría haber estudiado mejor Geografía, pues me parece que no sé nada sobre África.

Ranni desplegó el mapa y les mostró el lugar donde habían hallado el aparato de los señores Arnold y les enseñó dónde se encontraban ellos en aquel momento.

—No parece estar muy lejos el lugar donde se halló la «Golondrina Blanca».

—Mucho más lejos de lo que creéis —dijo Ranni riéndose—. Ahora estamos llegando al aeródromo; id hacia la parte trasera del avión y escondeos bajo aquellas mantas.

Mientras el avión daba vueltas sobre el campo preparándose a tomar tierra, los chiquillos se escondieron bajo las mantas y bolsas de viaje. Ojalá no los encontraran, pues sería una lástima que tuvieran que regresar a Londres después de haber llegado tan lejos.

CAPÍTULO IV UN PAÍS EXTRAORDINARIO

Unos hombres corrieron hacia el aeroplano cuando éste tomó tierra. Pilescu salió de la cabina, mientras Ranni permanecía dentro del avión. Los niños estaban escondidos y no se les oía rechistar.

El avión de color azul y plata era tan magnífico que todos los empleados del campo de aviación rodearon el aparato admirándolo. Nunca habían visto un avión tan bello. Dos de ellos querían subir a examinarlo por dentro, pero Ranni estaba de pie en la puerta bloqueando la entrada con su corpachón. Pilescu habló con los mecánicos y al poco rato estaba ya todo listo para emprender nuevamente el vuelo. Habían cargado una gran cantidad de gasolina.

—¡Puah! ¡Huele horriblemente! —susurró Paul—. Creo que voy a asfixiarme.

—¡No te atrevas a estornudar! —ordenó Jack en voz baja.

Paul se tapó la nariz y se aguantó la respiración hasta que su cara se volvió de color púrpura. Las chicas se taparon la cabeza con las mantas.

De pronto oyeron la voz de un hombre que preguntaba:

—¿Cuántos pasajeros llevan, por favor?

—Mi compañero y yo —contestó Pilescu.

El hombre pareció convencido y dio la vuelta al avión, examinándolo con admiración. Pilescu revisó cuidadosamente los motores. Descubrió algo anormal y avisó inmediatamente a Ranni:

—Ven acá un momento y ayúdame.

Ranni fue hacia donde se encontraba Pilescu y se colocó a su lado. Rápido como el rayo, uno de los empleados del aeropuerto subió la escalerilla y atisbó dentro del avión.

En aquel momento Mike asomaba la cabeza para ver cómo andaban las cosas. Por suerte vio al hombre antes de que éste se diera cuenta de la presencia de Mike, y el chico volvió a cubrirse con la manta.

Ranni había visto al hombre subir al avión y le gritó:

—¡Baje de ahí! Nadie puede entrar en un avión sin un permiso especial.

—Entonces tendrá que concederme usted ese permiso —dijo el individuo, que se había fijado en el montón de mantas y bolsas de viaje y deseaba examinarlos—. Tenemos noticias de que cinco niños han desaparecido de Londres y ofrecen una generosa recompensa donada por el Rey de Baronia a quien los encuentre.

Pilescu murmuró algo entre dientes y corrió hacia la hélice del avión. La hizo girar rápidamente y el motor comenzó a funcionar. Ranni subió la escalerilla y empujó al hombre preguntón. Pilescu se sentó en la cabina y el aeroplano comenzó a deslizarse lentamente sobre la pista. El avión corría perseguido por una multitud de hombres furiosos que gritaban y amenazaban con los puños en alto. De pronto el

avión levantó el vuelo suavemente. Pilescu sonrió.

—Ahora todo el mundo sabrá que llevamos los niños a bordo. Saquémosles de debajo de las mantas, Ranni. Los pobrecitos deben de estar medio asfixiados. Se han portado muy bien.

Los cinco niños salieron de su escondite.

—¿Tendremos que regresar a Londres? —preguntó Paul

—Yo he sacado la cabeza fuera de la manta, pero estoy seguro de que el hombre no me ha visto —aseguró Mike.

—¿Estamos a salvo? —preguntó inquieta Peggy—. Es posible que manden aviones para perseguirnos y nos descubran.

—No tengáis miedo. Éste es uno de los aviones más veloces del mundo —dijo Ranni—. Estamos seguros, pero es preciso que encontremos el lugar donde se halla la «Golondrina Blanca», porque, por ahora, no podremos aterrizar en ningún otro aeropuerto.

Pasó el día y los niños estuvieron ocupados en mirar por las ventanillas el paisaje que se deslizaba por debajo de ellos: montañas, valles, ríos y llanos. Les hubiera gustado bajar y explorarlo todo. Era una maravillosa aventura cruzar tan bello país y verlo todo desde tan arriba como si estuvieran contemplando un mapa.

Hacia el final de la tarde, cuando los niños hubieron comido pasteles y chocolate y bebido limonada fresca, Pilescu profirió una exclamación. Ranni y el piloto miraron un mapa, discutiendo excitados en su idioma. Paul los escuchaba atentamente.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Mike impaciente—. Dínoslo, Paul.

—Dicen que estamos acercándonos al lugar donde aterrizó la «Golondrina Blanca». Ranni dice que ha estado en esta parte del país. Vino a cazar animales para el zoo de Baronia y dice que conoce a los indígenas. Y que son fieros y extraños y se conoce poco de sus costumbres.

El avión voló en círculo más lentamente y Ranni miraba atentamente la tierra para ver si descubría algún rastro del aparato perdido.

Sin embargo, fue Mike el primero que vio lo que todos buscaban. Dio tal grito, que las chicas casi se cayeron de sus asientos y Ranni se acercó a ellos de un salto, creyendo que uno de los chiquillos se había caído del avión...

—¡Ranni!... ¡Ranni!..., Ahí está la «Golondrina Blanca». ¡La he visto!... ¡La he visto!

Todos estaban terriblemente excitados. Ranni miró hacia donde le indicaban Mike y Pilescu; dirigió el avión en aquella dirección.

En un instante el aparato pilotado por Pilescu estuvo sobrevolando el lugar donde, silencioso e inmóvil, permanecía el avión «Golondrina Blanca» brillando intensamente bajo los rayos ardientes del sol.

—No puedo aterrizar cerca de aquí —informó Pilescu—. No me explico cómo el

capitán Arnold logró hacerlo sin estrellarse. Debe de ser un piloto extraordinario.

—Sí que lo es —aseguró Peggy con orgullo—. Es uno de los mejores del mundo.

—Aterrizaré sobre aquel claro de hierba que hay ahí abajo —dijo Pilescu comenzando a descender—. Vamos a saltar un poco, muchachos, porque esto está lleno de rocas. Estad preparados y colocaos los cinturones.

El avión volaba cada vez más bajo, pero al ir a tomar tierra, Pilescu se dio cuenta de que era peligroso intentarlo y volvió a elevarse. Nuevamente voló en círculo y probó de nuevo tomar tierra. Esta vez lo logró. Fue un aterrizaje un poco accidentado porque el avión daba saltos sobre el suelo rocoso y, por un momento, Pilescu creyó, aterrado, que iban a capotar. Pilescu se quedó pálido de horror. No hubiera querido estrellarse en medio de un país desconocido...

Pero el aparato estaba muy bien construido y logró estabilizarse y frenar sin otro contratiempo. Los niños habían sido arrojados violentamente de sus asientos y todo lo que había en la cabina estaba revuelto.

Los niños estaban un poco magullados y se dirigieron con precipitación a la puerta de la cabina del avión deseando salir en seguida de allí. Ranni los llamó:

—Permaneced en vuestros sitios. Tengo que salir yo primero e inspeccionar el lugar.



Pilescu paró los motores y todo quedó en silencio. Ranni salió de la cabina llevando consigo su revólver. No se veía a nadie. Habían aterrizado sobre un terreno escabroso con muchas rocas y era un milagro que hubiesen salido con vida. A la izquierda, a unas dos millas de distancia, se levantaba una hilera de altas montañas. A la derecha había una llanura con árboles desconocidos para los niños. Aquí y allá salpicaban el paisaje pequeñas colinas.

—Todo parece muy extraño, ¿verdad? —dijo Mike—. Mirad aquellas flores de color rojo oscuro... ¡Hasta la hierba es diferente!

—¡Mirad qué pájaros! —exclamó Peggy señalando uno de color rojo y amarillo. Otro de color verde y naranja se posó en un ala del avión. Los niños nunca habían visto pájaros como aquéllos.

—¿Puedes cogerlo, Ranni? —pidió Mike.

Pero cuando Ranni fue a agarrarlo, el pájaro echó a volar.

Los niños habían bajado del avión y estaban muy contentos de pisar nuevamente tierra firme.

—Parece como si la tierra se moviera igual que si fuera una barca —exclamó Nora riéndose.

—Me alegro de que no sea así —aseguró Jack—. No me gustaría un terremoto en este momento.

Hacía mucho calor. Pilescu sacó del avión unos sombreros para los niños y para él y su ayudante. Ninguno de ellos llevaba mucha ropa, pero así y todo tenían mucho calor.

—Tengo mucha sed —dijo Mike—. Vamos a beber algo, Ranni.

Sentados en la sombra que proyectaba el avión, bebieron limonada. El sol descendía en el horizonte y Pilescu miró su reloj.

—Hoy ya no podemos hacer nada —dijo—. Mañana buscaremos a los nativos y les preguntaremos si han visto algo. Ranni dice que los entiende porque aprendió algo de su lenguaje cuando estuvo por aquí buscando fieras para el zoo de Baronia.

—¿Nos tenemos que ir a dormir tan pronto? —preguntó Nora extrañada—. ¿No podemos explorar un poco todo esto?

—Ya no tenemos tiempo: el sol se está poniendo.

Tan pronto Ranni acabó de pronunciar estas palabras el sol desapareció en el horizonte e inmediatamente cayó la noche. Los niños quedaron sumamente sorprendidos.

—¿Pero es que aquí no existe la tarde? —indagó Nora mirando a su alrededor—. ¡Fijaos..., ya se ven las estrellas!

Los niños se miraron verdaderamente impresionados. ¡Qué diferente era todo en este extraño país!

Entonces Nora bostezó y todos se contagiaron, incluso Ranni. Pilescu se reía.

—Esta noche pasada habéis dormido muy poco y tenéis que descansar. En esta tierra es mejor levantarse cuando aún no ha salido el sol; después, durante el día, es mejor estar tendido bajo la sombra. Tenéis que acostaros ahora mismo. Ranni, prepara la cena.

—¿Dormiremos dentro del avión? —preguntó Jack—. Yo creo que tendremos mucho calor. Será mejor que nos quedemos aquí fuera.

—De acuerdo —convino Ranni—. Os tenderéis sobre las mantas y Pilescu y yo haremos guardia por turnos.

—¿Por qué tenéis que vigilar? —preguntó Peggy sorprendida—. No creo que tengamos enemigos.

—Vuestros padres desaparecieron justamente en este lugar —dijo Pilescu—. No quisiera despertar mañana y encontrar que «nosotros» también hemos desaparecido. Me molestaría mucho tener que «buscarme».

Todos se rieron de la ocurrencia del piloto. Sí, aquél era un extraño y desconocido país en donde podía ocurrir cualquier cosa inesperada. Pero ahí estaba Pilescu, que los protegería de cualquier peligro. Estaban seguros.

CAPÍTULO V ESPERANDO NOTICIAS

Ranni preparó una excelente cena y Pilescu encendió una hoguera.

—Los animales salvajes temen al fuego —explicó—. Tenemos que mantener el fuego encendido durante toda la noche.

Extendieron las mantas al lado del fuego y los cinco chiquillos se tendieron felices y excitados por las aventuras que habían corrido aquel memorable día. Estaban seguros de que pronto iban a encontrar al capitán y a su esposa...

—¡Me es imposible dormir con este ruido! —protestó Nora levantándose—. ¿Qué es este alboroto?

—Son monos. No se dejan ver nunca. No se acercarán a nosotros —explicó Ranni.

—Y ahora... ¿qué es «este» escándalo? —quiso saber Peggy.

—Es un pájaro. No dejará de cantar en toda la noche. Si no podéis dormir, es mejor que os metáis dentro del avión.

Las chicas se callaron porque querían permanecer fuera junto a los demás. La noche era maravillosa y a pesar de los ruidos que hacían las aves nocturnas, al fin los chiquillos se durmieron plácidamente.

—Ya se han dormido —dijo Ranni a Pilescu—. Me parece que lo mejor hubiera sido no emprender esta aventura. No sabemos lo que puede suceder. ¿Cómo podremos hallar al capitán y a la señora Arnold? Será como buscar una aguja en un pajar.

Pilescu no contestó. Estaba cansado y se durmió pronto. Ranni era ahora el encargado de hacer la guardia.

Todos dormían menos Ranni, pero, de pronto, Jack se despertó y comenzó a gritar asustado:

—¡Ranni!... ¡Ranni!..., Hay un animal resoplando muy cerca de nosotros...

Ranni se rió con ganas.

—Duerme, Jack, y no te preocupes. Es nuestro buen Pilescu, que está roncando. Posiblemente su ronquido mantendrá alejados a los animales salvajes. Hasta un león huiría asustado ante esta clase de ruido...

Jack volvió a tumbarse tranquilizado. ¡Caramba! Pilescu roncaba como el motor de un avión...

Ranni se mantuvo despierto casi toda la noche.

Un poco antes del amanecer, Ranni despertó a Pilescu. El enorme baroniano bostezó ruidosamente y abrió los ojos. Él y Ranni dieron una vuelta por los alrededores.

Entonces le tocó el turno de dormir a Ranni. Pilescu vio amanecer y observó cómo el campo iba volviéndose dorado a la luz del sol naciente. Cuando fuese ya

completamente de día todo el mundo debería estar despierto, porque en aquel país tenía que empezarse el trabajo cuando aún duraba el frescor de la noche.

Los niños se mostraron muy sorprendidos cuando abrieron los ojos y vieron lo que les rodeaba. Recorrieron los alrededores mientras Ranni les preparaba el desayuno.

—¡Mirad! Hay una especie de lago —gritó Jack—. Vamos a bañarnos. ¡Ranni! ¡Pilescu! ¿Podemos bañarnos en este lago?

—No, a menos de que queráis ser comidos por los cocodrilos —dijo Ranni.

Nora dijo que sólo se trataba de un pequeño estanque y que no podía haber cocodrilos.

—De acuerdo. No hay, pero es lo mismo; no podéis bañaros ahí, porque hay unas sanguijuelas que os pueden herir las piernas. Recordad que tenéis que tener mucho cuidado. Estamos en un país lleno de animales salvajes.

Era una idea bastante alarmante, sobre todo para las dos chicas, así que solamente dieron unos cortos paseos alrededor del avión, esperando poder desayunarse.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Jack a Pilescu—. ¿Buscaremos a alguien que nos diga si han visto a la «Golondrina Blanca» y a sus pilotos?

—Ranni irá al poblado más cercano a preguntar a los nativos.

—¿Pero cómo sabrá dónde está el poblado? Yo no veo ninguno por aquí —dijo Mike.

—Porque no sabes mirar —se sonrió Ranni—. Mira hacia allí.

Todos miraron en la dirección donde señalaba Ranni y en seguida comprendieron lo que Ranni quería significar.

—¡Una espiral de humo! —exclamó Mike—. Esto significa que hay un fuego, y donde hay un fuego hay un pueblo. ¿Irás allá? Ten cuidado.

—No te preocupes, me llevaré el rifle. Estaré de regreso al anochecer.

Ranni acabó de desayunarse y se puso el sombrero para protegerse contra los rayos del sol.

—Me gustaría ir con él —suspiró Jack—. ¡Ojalá nos traiga buenas noticias cuando vuelva!

—Vamos, muchachas —llamó Pilescu—, id a lavar los platos del desayuno en aquel arroyuelo; dentro de un rato hará demasiado calor para hacer nada. Y vosotros, chicos, id a buscar leña para hacer fuego esta noche.

Pilescu mantuvo ocupados a los niños hasta que el sol estuvo alto. Entonces se tumbaron todos a la sombra del avión. Paul dijo que no quería echarse allí porque le gustaba el calor, pero Pilescu le ordenó que fuera con los otros niños.

—Pilescu, no tienes que darme órdenes —gritó Paul levantando la barbilla.

—Mi pequeño Paul, ahora mando yo. Usted es mi amo, pero yo soy su capitán en esta aventura. Haga lo que le he dicho.

—Paul, no hagas el tonto y ven a la sombra con nosotros —dijo Mike—. Si coges una insolación tendremos que regresar a Londres en seguida.

Paul corrió a la sombra y se echó junto a los demás. Pronto comenzaron a sentir los efectos del calor y a sentirse sedientos, y Pilescu no hacía más que entrar y salir del avión trayendo limonada.

Los chiquillos durmieron la siesta, pero Pilescu se mantuvo despierto y alerta. Cuando el sol descendió hacia el horizonte los niños se despertaron.

—En el avión hay alguna fruta en conserva. Vamos a buscarla —dijo Nora.

Abrieron algunas latas y comieron muy a gusto ahora que ya empezaba a disminuir el calor.

Ranni no volvía. Los niños le esperaban impacientes. El piloto no estaba preocupado porque sabía que Ranni no haría imprudencias. Encendió un fuego para los niños y se sentaron alrededor de él.

—Me gustaría saber si Ranni nos traerá buenas noticias. ¡Qué difícil se me hace esperar! —exclamó Nora.

De pronto Jack se levantó de un salto y gritó:

—¡Ahí viene! ¿No veis una sombra entre aquellas rocas?

—¡Viva! ¡Viva! Ranni ha regresado.

—¿Qué noticias hay?

—¡Habla, Ranni! ¡Aprisa!

El baroniano se acercó al fuego. Estaba cansado y sediento. Pilescu le ofreció un refresco y Ranni se lo bebió de un solo trago.

—¿Hay noticias?

—Las hay. Extrañas noticias, en verdad. Traedme algo de comer y os contaré una historia verdaderamente extraordinaria.

—Vamos, habla. ¿A qué extraña historia te refieres?

CAPÍTULO VI

LA EXTRAORDINARIA HISTORIA QUE CUENTA RANNI

Ranni encendió su pipa y aspiró unas bocanadas de humo. Todos esperaban con emoción a que empezara su relato.

—Encontré un pequeño campamento —explicó Ranni—. Allí no había más de cuatro o cinco hombres. Eran cazadores. Cuando me vieron se quedaron paralizados de terror.

—¿Por qué tuvieron miedo? —preguntó Nora.

—Pronto lo descubrí —prosiguió Ranni—. Hablo un poco su lengua, porque yo había estado por aquí de caza en otros tiempos. Parece ser que ellos creyeron que yo era uno de los extraños pobladores de la Montaña Secreta.

—¿Qué es la Montaña Secreta? —quiso saber Mike.

—Ten paciencia y escucha —dijo Pilescu—. Sigue, Ranni.

—No lejos de aquí existe una montaña muy singular. La llaman la Montaña Secreta porque hace muchos años que la habitaba una extraña tribu. No son como los nativos de este territorio.

—¿Cómo son, pues?

—No tienen la piel negra, ni tampoco blanca. Su color es amarillento y tienen la barba y el pelo de color rojo, como el de Pilescu y el mío. Son altos y delgados y de ojos verdes. No permiten que nadie de otra tribu se mezcle con ellos y nunca los han encontrado fuera de la Montaña Secreta.

—¿Qué historia tan sorprendente! —exclamó Paul—. Tenemos que ir a esa montaña, ¡ahora mismo!

—No te precipites, Paul —dijo Mike—, y escucha a Ranni.

—Todas las tribus de por aquí temen a los hombres de la Montaña Secreta. Creen que pueden hacer magia y procuran no encontrarse con ellos. Así cuando vieron mi pelo rojo creyeron que era uno de ellos y se quedaron paralizados de terror.

—¿Le preguntó si sabían algo de nuestros padres? —inquirió Peggy.

—Claro que lo hice. No saben nada, pero mañana vendrá aquí un hombre que vio caer el avión y tal vez nos pueda dar alguna noticia. De todos modos, yo creo que el capitán y su esposa fueron capturados por los habitantes de la Montaña Secreta y estoy seguro que se encuentran allí.

—Entonces no podremos rescatarlos. Tendremos que regresar a Londres a buscar ayuda.

—¡No! ¡No! Por favor, Pilescu —gritaron todos.

—Nosotros hemos venido a buscar a nuestros padres —exclamó Mike—. Ésta es la tercera gran aventura que emprendemos y le diré que todos nosotros somos valientes. No queremos volver a Londres y dejar que otros prosigan la aventura.

Todos los niños estuvieron de acuerdo y los dos hombres se miraron por encima

de las llamas de la fogata.

—Estos chicos son como cachorros de tigre —dijo Ranni a Pilescu en su idioma natal.

Paul se rió porque los había comprendido. Sabía que Ranni quería continuar la aventura y, por lo tanto, él también podría permanecer allí. Paul habló a sus compañeros.

—No volveremos a Londres. Ranni nos ayudará. Durante largo rato siguió hablando Ranni de su extraña historia. ¿Dónde estaba la Montaña Secreta?... ¿Quiénes eran los hombres de pelo rojo que vivían allí?... ¿Por qué habían capturado a los señores Arnold?... ¿Cómo podrían encontrar el camino si ni siquiera las tribus cercanas sabían dónde estaba la Montaña Secreta?

Pilescu miró su reloj:

—Es muy tarde. Niños, debéis ir a dormir. Esta noche haré yo la guardia porque Ranni debe estar muy cansado.

—De acuerdo. Quédate hasta medianoche y luego haré guardia yo —dijo Ranni—. No podemos hacer otra cosa que esperar a mañana y entonces vendrá el hombre que dice haber visto descender la «Golondrina Blanca».

Todos dormían en el campamento menos Pilescu, que estaba sentado con el rifle entre las rodillas escuchando los rugidos de los animales de la selva, que no se atrevían a acercarse por temor al fuego que seguía encendido en el campamento.

A Pilescu le encantaba la aventura y estaba interesado en conocer el secreto de los hombres de pelo rojo y piel amarillenta que vivían en la Montaña Secreta.

El forzudo y valiente baroniano no le tenía miedo a nada. Lo único que no le acababa de gustar era haber metido en el asunto a cinco chiquillos, pero como Ranni había dicho, los cinco eran como bravos cachorrillos de tigre.

Al día siguiente llegó al campamento el nativo que había visto descender del cielo la «Golondrina Blanca». Era un hombre negro con cara de pocos amigos. Con él venía un muchachito delgado que llevaba tres lanzas y tenía una expresión maliciosa y un brillo de picardía en los ojos. Nuestros cinco amiguitos en seguida lo encontraron simpático y les gustó mucho.



—¿Quién es este muchachito? —preguntó Jack señalándole.

—Es su sobrino —dijo Ranni, indicando con un movimiento de cabeza al hombre—. Es el chico más travieso de toda la familia y siempre anda solo explorando por la selva. A los niños de esta tribu no se les permite hacer esto, pero este rapaz es desobediente y salvaje y su tío, como podéis ver, lo lleva cogido fuertemente de la mano.

—Me gusta —aseguró Jack—. Pero su tío no me gusta nada. Pregúntale lo que sabe de la «Golondrina Blanca»; dile si sabe algo de mis padres.

Ranni hablaba con cierta dificultad el lenguaje de aquellos indígenas, pero se entendían bastante bien. El hombre negro hablaba mucho y agitaba los brazos sobre su cabeza y hacía tantos gestos expresivos, que los niños le entendían casi perfectamente.

Ranni les explicó:

—Dice que estaba cazando no lejos de aquí, cuando oyó en el cielo un extraño ruido. Miró hacia arriba y vio un gran pájaro blanco que hacía con su pico un estruendo tan grande como el trueno.

Los niños se rieron mucho de la descripción que hizo Ranni de un aeroplano. Ranni prosiguió traduciendo:

—También dice que el gran pájaro blanco comenzó a volar cada vez más bajo y se cayó por allí. Estaba tan asustado, que se escondió tras un árbol y no se movió. Tenía miedo de que el gran pájaro grande le viese y le devorase.

De nuevo todo el mundo se rió. El indígena sonrió enseñando unos dientes blanquísimos. El pequeño que le acompañaba también se reía, pero se detuvo en seco cuando su tío le dio un golpe en la cabeza.

—No haga eso —exclamó Jack sorprendido—. ¿Por qué no puede reírse?

—Los niños de esa tribu no pueden reírse cuando hay personas mayores delante —explicó Ranni—. Me parece que este pequeño debe recibir bastante leña. Mira cómo se ríe entre dientes...

El indígena continuó su relato.

Explicó que había visto salir de dentro del pájaro blanco a dos personas con las caras y las manos de color blanco. Entonces fue cuando vio algo que le horrorizó más aún que la caída del pájaro blanco. ¡Vio a los hombres que habitan la Montaña Secreta!

El pájaro blanco lo había dejado inmobilizado detrás de un árbol sin poder moverse presa de pánico, pero a la vista de aquellos hombres de pelo rojo y piel pálida, las piernas recuperaron el movimiento y echó a correr como una liebre.

—Así, ¿no vio lo que les ocurrió a los hombres que salieron del pájaro blanco? —le preguntó Ranni.

El hombre movió la cabeza y dijo que no había mirado atrás ni una sola vez mientras escapaba. El pequeño indígena imitaba los gestos que hacía su tío con tanta gracia que los niños se echaron a reír.

El indígena le vio y le dio un golpe que le derribó al suelo. El chiquillo dio un grito y se sentó, frotándose la cabeza.

—Este hombre es horrible —dijo Pilescu enojado—. Ranni, pregúntale si nos puede indicar el camino de la Montaña Secreta.

Ranni así lo hizo y al hombre se le descompuso el semblante de terror.

—Dice que sí, pero que ignora el lugar donde habita esa tribu.

—Dile si puede llevarnos hasta allá. Le daremos una importante recompensa si lo hace.

Cuando Ranni se lo preguntó, el hombre movió la cabeza de un lado para otro repetidas veces, pero cuando Pilescu cogió un espejo de la cabina del avión y se lo enseñó al hombre haciéndole señas de que se lo entregaba, éste comenzó a dudar.

—Dice que el espejo es mágico. Él está en el espejo y también fuera de él. Dice que es bueno tener estas cosas porque si le hieren no le importará, puesto que al hombre del espejo, que también es él, no le habrá pasado nada y podrá cambiar de lugar y salirse del espejo sano y salvo.

Todos rieron al oír este disparate. Sin embargo, el pobre indígena no había visto nunca un espejo, sólo había visto su imagen reflejada por el agua de los ríos. Él creía sinceramente que el espejo era mágico. Se miraba en él y hacía terribles muecas.

Ranni le preguntó de nuevo si quería llevarlos hasta la Montaña Secreta. El hombre inclinó la cabeza pensativo. El espejo era un objeto maravilloso; si lo poseía quizá llegase a ser jefe de su tribu...

—Dile que queremos marchar mañana al amanecer —dijo Pilescu—. Quiero estar

seguro de que nos llevaremos todo lo necesario. También quiero dar un repaso a los motores de la «Golondrina Blanca» y de nuestro avión para ver si están listos para volar una vez hayamos encontrado al capitán y a su esposa.

Los niños estaban en un estado de gran excitación. No sabían cómo contener su impaciencia para comenzar la gran aventura de encontrar la Montaña Secreta.

—¡Qué bien! —exclamó Nora, contenta—. Ranni y Pilescu vendrán con nosotros. Me gustan las aventuras, pero no puedo evitar el sentir un poco de miedo al pensar en los habitantes de aquella extraña y misteriosa montaña.

CAPÍTULO VII LA LLEGADA DE MAFUMU

Pilescu y Ranni se pasaron el día reparando los desperfectos de los dos aviones, que estaban bastante cerca uno del otro. Los niños examinaron detenidamente la «Golondrina Blanca», sintiéndose muy tristes pensando en sus padres misteriosamente desaparecidos.

Mike pensó que, a lo mejor, habían dejado alguna nota con algún dato, pero, por mucho que buscaron, no encontraron nada.

—Esto no os debe sorprender —dijo Pilescu—. Si ellos hubieran tenido tiempo de escribir una nota, seguramente también hubieran tenido tiempo de poder escapar. Bueno, por lo que puedo ver, la «Golondrina Blanca» está a punto de poder emprender el vuelo. Creo que el capitán y su esposa fueron cogidos por sorpresa y no tuvieron tiempo de hacer nada.

—Ambos aviones están listos para volar cuando llegue el momento, que espero será pronto —dijo Ranni.

—Tenemos que dejar a alguien de guardia —propuso Mike—. Supongamos que al regresar encontramos los aviones estropeados... Algún nativo puede venir a curiosear y...

—¿No viste cómo aquel hombre negro temía acercarse a nuestro aeroplano? —replicó Ranni riéndose—. Puedes estar seguro que ni uno solo de ellos se acercará a los aparatos. Lo que temo más es el terrible calor, pero esto no podemos remediarlo de ninguna forma. Tenemos que dejar los dos aviones solos y... confiar en Dios.

Pilescu había preparado unos grandes paquetes con alimentos, ropas de abrigo y mantas. Paul se rió cuando vio que había preparado tanta ropa de lana.

—¿Por qué tenemos que llevarnos todo esto? Lo que a mí me gustaría es ponerme solamente un bañador y no toda esta ropa encima...

—Si vamos a las montañas, hará mucho más frío de lo que cree —repuso Pilescu—. Entonces se alegrará de poder ponerse un jersey.

El día transcurrió lento y aburrido. Los niños creyeron que no iba a acabar nunca.

—¿Por qué el tiempo transcurre tan lentamente cuando esperamos algo con ilusión? —dijo Mike—. Me parece que éste es el día más largo de mi vida; parece como si hubiese transcurrido una semana.

Por fin llegó la noche y los monos comenzaron a chillar y las ranas de un cercano estanque armaron un ruido infernal con su ronco croar.

Al amanecer del siguiente día llegó el indígena y detrás de él, como siempre, el muchachito de color, su sobrino, que llevaba solamente un escaso bañador confeccionado con hojas. El chico no llevaba sombrero de ninguna clase y nuestros cinco amigos se sorprendieron de que no cogiese una fuerte insolación.

—Supongo que vendrá con nosotros —dijo Jack complacido—. Me gustaría

saber cómo se llama. Pregúntaselo, Ranni.

Cuando se lo preguntó, el chiquillo sonrió abiertamente y exclamó con penetrable voz:

—¡Mafumu!... ¡Mafumu!...

—Se llama Mafumu —les explicó Ranni—. Bueno, Mafumu, deja ya de gritar, que no nos olvidaremos de tu nombre.

Pero Mafumu estaba tan contento y excitado que no hizo caso de las palabras de Ranni y siguió voceando:

—¡Mafumu! ¡Mafumu! ¡Mafumu!

Como siempre, intervino su tío dándole un coscorrón y Mafumu se calló. Los niños estaban muy contentos de que Mafumu los acompañase.

Ranni cerró con llave la cabina del avión y emprendieron el camino que les había de deparar muchas aventuras. Abandonaron el campamento en silencio, sin saber si lograrían regresar sanos y salvos.

De pronto Mafumu rompió el silencio entonando una extraña y lenta canción.

—Parece lo que nosotros cantamos en la iglesia —dijo Mike—. ¡Mirad! Su tío le está pegando otra vez. Me gustaría darle un par de bofetadas a ese tipo... ¡Pobre Mafumu...!

Mafumu se calló y siguió andando detrás de todos, llevando un enorme bulto sobre sus espaldas. Su tío también sostenía, con maravilloso equilibrio, muchos paquetes sobre su cabeza.

Pronto dejaron la llanura en donde habían aterrizado los dos aviones. Se dirigieron hacia la selva, que estaba casi al pie de una gran montaña.

A la selva no llegaba la luz del sol. Los árboles eran tan inmensos y tenían tantas hojas, que apenas dejaban filtrar la luz del día. No había ningún camino, ninguna senda que los guiara, pero el hombre negro los conducía con seguridad por entre la maleza, sin que le cayera al suelo ni uno de los paquetes que llevaba amontonados sobre su cabeza.

El chillido de los monos se oía por todas partes. Los niños vieron algunos que los miraban por entre las hojas de los árboles y les hizo mucha gracia ver una mona que llevaba en sus brazos a su cría como si fuera un bebé. De repente el negro gritó y arrojó su lanza a una enorme serpiente que se deslizaba silenciosamente por el suelo.

—¡Ooooooh! —gritó Nora aterrada—. Había olvidado que hay serpientes por aquí. Ojalá no pisemos ninguna... Parece todo tan irreal... No me extrañaría que, de un momento a otro, surgiera delante de nosotros una bruja o un gnomo.

—Espero que no sea así, porque nuestro guía echaría a correr y ya no le veríamos nunca más —exclamó Pilescu sonriendo—. Esta gente cree en la magia y la temen. Me sorprende mucho que Mafumu no tenga miedo en esta selva. Es un valiente muchacho.

Mafumu estaba encantado. Había puesto una buena distancia entre su tío y él, porque el hombre negro les servía de guía e iba delante de todos y Mafumu marchaba el último. Frente a él caminaba Jack, y Mafumu se hizo un gran amigo del niño blanco.

Mafumu arrancó unas flores de color escarlata de uno de los arbustos e intentó colocárselas detrás de la oreja de Jack. Por fin lo logró y Jack se sintió un poco molesto cuando todo el mundo se rió al verle adornado de tal manera. Mafumu creyó que no le gustaba a Jack el color de las flores que había cogido para él y cogió otras flores de color azul y también se las puso en la oreja del avergonzado Jack.

Todos se reían mucho del pobre muchacho, que seguía llevando el adorno florido.

Mafumu aprendía en seguida las palabras que decían los niños blancos, aunque no comprendiese el significado de las mismas. Así cuando Jack le dijo:

—¡Cállate!

Mafumu repitió varias veces:

—Ca-lla-teca-lla-teca-llate...

Y también se lo dijo a Ranni:

—Ca-lla-teca-llate...

Todos se reían con las gracias de Mafumu. Era travieso, alegre y juguetón, y aunque su tío le daba siempre coscorrónes él siempre sonreía.

Quería hacerse amigo de Jack a toda costa y después de las flores recogió para él un extraño fruto y se lo dio a Jack con una amplia sonrisa.

—*Ammakeepa-loíti-loo* —dijo Mafumu.

Jack se quedó mirando la extraña fruta y la olió. ¡Caramba! Olía igual que la miel...



—¿Es bueno para comer esto, Ranni? —le preguntó el chiquillo.

—Sí, es una fruta que sólo se encuentra en estos parajes. ¿Te lo ha dado Mafumu?

—Siempre me está dando cosas.

—Dile que también me dé a mí —gritó Peggy—. Me encantan las flores y quisiera probar este raro fruto de color amarillo. Parece una mezcla de una pera larga y una uva gigante.

Jack lo probó. Era la fruta más buena que jamás había probado. La dio a probar a las dos niñas y les gustó tanto, que Nora dijo a Mafumu:

—Mafumu, Mafumu, tráeme frutas como ésta, por favor.

—Ca-lla-teca-lla-teca-lla-te... —repuso Mafumu, sin comprender lo que Nora le decía y pensando que contestaba correctamente. De pronto él se internó en la selva y tardó tanto tiempo en volver, que Jack empezó a alarmarse.

—¡Ranni! Mafumu ha desaparecido —dijo Jack, que era el que iba delante de Mafumu—. A lo mejor se ha perdido en la selva.

Ranni se lo dijo al tío de Mafumu, pero éste se echó a reír y le habló en su idioma nativo.

—Dice que Mafumu conoce esta parte de la selva como la palma de su mano —tradujo Ranni—. También dice que le tiene sin cuidado que a Mafumu lo devore un cocodrilo o se lo coma un leopardo.

—Es un hombre horrible —exclamó Peggy—. ¡Madre mía!... Pero... ¿es que hay leopardos por aquí?

—No tienes por qué preocuparte; Pilescu y yo llevamos rifles y nuestro guía tiene muchas lanzas.

Apenas había luz y hacía frío, pero la caravana seguía andando por entre los árboles de la selva. Jack vio algunos loros de colorido plumaje y ardillas que saltaban ágilmente de árbol en árbol. Los monos estaban muy interesados en los pequeños y una multitud de ellos los siguieron durante todo el camino.

Por fin la selva acabó. Los árboles comenzaron a escasear y, por fin, pudieron ver la luz del sol.

—Pues es una selva muy pequeña, porque en seguida la hemos cruzado de parte a parte —dijo Mike.

—En realidad es grandiosa, pero hemos pasado por el borde; si nos hubiéramos internado en ella no hubiéramos podido seguir andando —repuso Pilescu—. Para andar por la selva hay que llevar hachas y cuchillos para abrirse camino.

Los niños seguían preocupados con la desaparición de Mafumu, pero, de pronto, apareció ante ellos, llevando un montón enorme de frutos color amarillo, que dio a los niños.

—¡Oh!, es exactamente lo que necesitaba, porque me estoy muriendo de sed —dijo Mike—. Muchas gracias, Mafumu.

—Mu-chas-gra-cias-ca-lla-te... —dijo el negrito.

—Creo que deberíamos descansar un poco —propuso Pilescu—. Hace mucho calor fuera de la selva. Seguiremos cuando se oculte el sol.

Nadie tenía hambre, pero comieron los frutos que había traído Mafumu. El tío del negrito no comió fruta, pero cogió algo que llevaba en una bolsa y comenzó a masticarlo.

Al mediodía todos los niños durmieron la siesta, y Mafumu se quedó junto a Jack contemplándole fijamente. Al poco rato también Mafumu dormía muy cerca de Jack. Porque el negrito admiraba mucho a Jack; lo encontraba verdaderamente un niño extraordinario.

—Los chicos se han portado bien —dijo Ranni a Pilescu—. Tienen que dormir mucho esta noche porque mañana será un día muy duro.

—Quisiera ya que todo esto terminara y no ha hecho más que comenzar —murmuró Pilescu.

Sin embargo, ninguno de los chiquillos quería que la aventura terminara pronto, porque, para ellos, era lo mejor del mundo...

CAPÍTULO VIII UNA LARGA CAMINATA

Durante dos días siguieron andando. Todos los niños resistían bien la caminata, excepto Paul, y Ranni tenía que llevarlo de vez en cuando sobre sus hombros.

Se dirigían a las montañas y comenzaban a subir empinados caminos. Los chiquillos pronto se acostumbraron a ello, sobre todo Mafumu, que era ágil y estaba habituado a caminar largas distancias. Había aprendido muchas palabras y las usaba sin cesar, causando el alborozo de los cinco pequeños.

—Ma-dre-mi-a-ca-lla-te-hola-mu-chas-gra-ci-as —decía contoneándose orgulloso—. A-pri-sa-ho-la.

Mafumu les hacía mucha gracia y a todos les caía enormemente simpático. Les traía cosas rarísimas para comer: setas, deliciosas hojas que sabían a menta, frutos de todas clases; algunos tenían sabor dulce; otros, amargo, pero todos eran excelentes al paladar.

Mafumu saltaba y brincaba feliz al lado de los niños, pero de pronto su pie chocó contra una piedra muy grande y ésta dio contra la pierna de su tío.

El negro agarró furiosamente a su sobrino y le pegó bárbaramente con el palo de una de sus lanzas. Mafumu aullaba de dolor.

De pronto Jack gritó exasperado:

—¡Basta!... ¡Basta! Mafumu no ha hecho nada malo. ¡Basta!...

Pero el negro no paraba de pegarle. Jack echó a correr hacia ellos, le arrebató la lanza de las manos al hombre y la echó montaña abajo.

La lanza saltó de piedra en piedra y se perdió. El negro se volvió hacia Jack, pero Ranni se interpuso entre ellos y le habló al hombre con voz airada. Al negro le brillaron los ojos, pero no dijo nada y volvió a su puesto para servirles de guía hasta la Montaña Secreta.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Mike a Ranni.

—Le he dicho que no le daremos el espejo si vuelve a pegar a alguien. Iba a golpear también a Jack. No te metas más con él, Jack. Déjalo por mi cuenta.

A Mafumu se le veían los golpes que había recibido en la cara y los brazos a través de su negra piel. Corrió hacia Jack y se arrodilló frente a él hablando precipitadamente su dialecto.

—Levántate, por favor —rogó Jack—. ¡Oh! Mirad, viene detrás de mí, de rodillas. ¡Levántate, Mafumu!

—Dice que quiere ser tu esclavo para siempre —aclaró Ranni—. Dice que quiere abandonar a su tío y a su país y seguir al maravilloso muchacho blanco. Dice que eres el rey de los chiquillos.

—¡Cállese!

—Ca-lla-te-ca-lla-te... —decía Mafumu andando pegado a su héroe.

Después de lo ocurrido, Mafumu quería mucho más a Jack que antes y Jack tuvo que acostumbrarse a verle pegado a sus talones, como su sombra. Jack no decía nada, pero se sentía orgulloso de que Mafumu le hubiera escogido a él como amigo.

A medida que iban subiendo por la montaña hacía menos calor.

—No llegaremos nunca a la cumbre —dijo Peggy desanimada.

—No tenemos que subir hasta allí. Estamos buscando un camino entre dos montañas para pasar al otro lado. Desde allí podremos ver la Montaña Secreta.

—¿Estamos ya cerca?

—No mucho; pero, más tarde o más temprano, llegaremos.

Al cabo de un rato tuvieron que ponerse los jerséis, porque comenzaba a refrescar.

Se detuvieron y tomaron algo caliente para reconfortarse. Mafumu siempre sabía dónde podía encontrar agua y la trajo para hacer una sopa sobre una fogata que había encendido Ranni. También tomaron leche con cacao bien caliente y les sentó de primera.

Durmieron en una cueva cubiertos por las mantas. Sin embargo, Mafumu durmió sin taparse con nada. Parecía no sentir el frío. Era un muchacho extraordinario.

Ranni y Pilescu se turnaron la vigilancia. Estaban alerta para que no los sorprendiera la visita de algún leopardo y también para protegerse de los hombres que habitaban la Montaña Secreta.

Mafumu estaba echado a los pies de Jack, enroscado como una serpiente sobre el rocoso suelo. Jack le había ofrecido compartir su manta, pero el negrito no lo quiso aceptar. Prefirió arropar con cuidado a Jack.

—Parece su niñera —murmuró Mike.

—Parad de decir tonterías —dijo Jack, que lo había oído.

—Mañana veremos la Montaña Secreta —interrumpió Nora—. ¿Cómo será?

—Me gustaría saber si el antipático tío de Mafumu nos querrá conducir hasta allá —dijo Mike—. Viven dentro de cuevas y tenemos que descubrir dónde están.

Mafumu cogió los pies de Jack para calentarlos con sus manos. Por esta vez, Jack no protestó.

—Buenas noches, Mafumu —susurró Jack algo soñoliento.

—Ho-la, bue-nas-noches —contestó Mafumu, feliz de estar tan cerca de su admirado amiguito.

—Mañana veremos la Montaña Secreta —dijo Jack antes de dormirse.

—Mañana. Sí..., ¡mañana!

CAPÍTULO IX LA MONTAÑA SECRETA

El día siguiente amaneció lluvioso. Había niebla y apenas podían ver lo que tenían delante.

A medida que iban subiendo la montaña el tiempo iba mejorando y comenzó a brillar el sol a través de las nubes.

—Es un espectáculo fabuloso —exclamó Mike mirando a su alrededor.

Peggy vio una hermosa flor de brillante color naranja y quiso ponérsela en el sombrero.

—Mafumu, por favor...

Mafumu corrió a coger la flor para ofrecérsela a Peggy. Pero en lugar de una sola flor trajo un enorme ramillete. Peggy se puso muy contenta, pero no sabía qué hacer con él y finalmente decidieron entre ella y Nora adornar profusamente sus sombreros.

—Debo parecer un jardín andante —dijo Nora—. Me parece que Mafumu es demasiado generoso.

—Pronto llegaremos a un sitio desde donde podremos ver la Montaña Secreta —anunció Ranni.

Esto hizo que todos continuaran la ascensión más animados. Durante tres horas siguieron andando por caminos rocosos. Algunas veces resultaba demasiado difícil la subida y entonces Ranni y su compañero los tenían que ayudar. De vez en cuando hallaban extraños arbustos en los que había pájaros exóticos.

Finalmente llegaron a un lugar desde donde podían ver el otro lado de las montañas. ¡Era un paraje maravilloso! Se podían ver millas y millas del territorio africano y enfrente de ellos otra cadena de montañas.

Todos permanecieron silenciosos contemplando aquel bellissimo panorama. Entonces Paul dijo ansiosamente:

—¿Cuál es la Montaña Secreta?... ¿Dónde está?... Por favor, díganoslo —exclamó dirigiéndose al indígena.

Ranni se lo preguntó y luego tradujo lo que le había contestado.

—¿Veis aquella montaña tan alta que está rodeada de nubes? Esperad que aclare un poco y veréis que tiene una planicie en su cima y toda ella tiene un color amarillento. Por lo menos eso es lo que dice nuestro guía, y asegura que está cubierta de unos arbustos de color amarillo, el cual, en cierta estación del año, se convierte en escarlata.

Todos quedaron asombrados con esta afirmación. Los niños deseaban ardientemente que desaparecieran las nubes que cubrían la montaña para poder ver este espectáculo sobrenatural. Éstas fueron alejándose lentamente y, ¡por fin!, pudieron contemplar la extraordinaria Montaña Secreta.

Destacaba de entre todas las demás montañas por su color, porque era la más alta

y por su cima en forma achatada. El negro señaló un punto del horizonte con su lanza y dijo algo a Ranni, el cual lo tradujo en seguida a sus compañeros.

—Dice que él ha oído decir que los habitantes de la Montaña Secreta suben de vez en cuando hasta la cima y desde allí adoran al sol.

—¿No es extraño pensar que hay una raza desconocida por todo el mundo que vive apartada de todos? —dijo Jack pensativo.

—Esto sucede a menudo —dijo Pilescu—. Hay tribus que viven aisladas en medio de frondosas selvas, islas o desiertos, pero una montaña ciertamente parece un lugar extraño.

—Bueno —replicó Ranni—, de todos modos tenemos que ir allá, así que «si la montaña no viene a nosotros, nosotros iremos a la montaña».

El indígena habló rápidamente a Ranni moviendo mucho los brazos y haciendo expresivas muecas.

—Dice que tiene miedo de seguir adelante. Jura que desconoce el camino que lleva a las cuevas.

—Dijo que vendría con nosotros hasta el final. Nos puede indicar el camino una vez lleguemos a la Montaña Secreta. Dile que no le daremos el espejo si no nos ayuda.

—¿Dónde está el espejo? —preguntó Nora—. ¿No lo hemos traído?

—Claro —repuso Ranni.

—¿No lo puso en el avión y cerró con llave después?

—No. Cogí el espejo y lo escondí entre las ramas de un árbol que hay cerca del estanque.

—Es una buena idea —intervino Peggy.

Andaban por un camino lleno de piedras y el negro y su sobrino Mafumu los seguían detrás. De pronto llegaron a un río que se dirigía hacia la Montaña Secreta. El río quedaba casi completamente oculto por matorrales y hierbas que eran como un túnel verde.

—¡Qué río tan bonito! —exclamó Jack—. ¿Podremos vadearlo?

—Creo que sí —repuso Pilescu—. Me parece que el negro y su sobrino están construyendo una pequeña balsa.

—¡Qué divertido! —exclamó Paul, y fue corriendo hacia Mafumu para ver cómo trabajaba.

El negrito estaba muy ocupado ayudando a su tío en la construcción de la balsa.

En dos horas construyeron cuatro balsas, que flotaban a las mil maravillas. Los niños estaban encantados.

El piloto y Paul iban en una de las balsas, que se balanceaba peligrosamente. Ranni y Nora iban en otra, después los seguían Mike y Peggy y, ¡cómo no!, en otra de las balsas iban Jack y Mafumu.

—Tienes la cara de color verde —dijo Peggy a Mike cuando navegaban por aquel extraño túnel de vegetación.

—Tú también. Todos tenemos la piel verde ahora... Es la luz que se filtra a través de las hojas.

El túnel parecía no terminar nunca. Por fin, el hombre negro que los seguía por la orilla les dijo que estaban ya a punto de llegar a la Montaña Secreta. Habían atravesado el valle aprovechando el curso de aquel misterioso río.

Finalmente llegaron a una especie de laguna y el indígena dijo que se detuvieran allí.

Para detener el curso de las balsas se agarraban a las ramas que colgaban sobre el agua. Pilescu y Paul cayeron al agua; menos mal que no era profunda y sólo sufrieron un remojón.

—Ya hemos llegado —dijo Pilescu saliendo de la laguna—. ¿Dónde está la Montaña Secreta? Debemos de estar al pie de ella.

El negro, con el terror dibujado en su semblante, les dijo, por señas, que le siguieran. El hombre comenzó a trepar por un árbol y todos le siguieron, incluso las muchachas. Todos querían saber lo que se vería desde allá arriba.

El guía llegó casi hasta la copa y desde allí les señaló ¡la Montaña Secreta!

CAPÍTULO X UNA AGRADABLE SORPRESA

Efectivamente, la Montaña Secreta estaba enteramente cubierta de matorrales de color amarillo que le daban esta rara apariencia desde lejos. Los matorrales tenían hojas amarillas y flores blancas sobre las que se posaba toda una gama de insectos y mariposas de todas clases.

La montaña tenía muchos precipicios y parecía imposible que pudiera subirse hasta la cima. Parecía tan alta e inasequible, que Nora se asustó y casi se echó a llorar.

El indígena temblaba de miedo; solamente le detenía allí la promesa de obtener el mágico espejo. Se deslizó por el árbol y bajó hasta el suelo, luego comenzó a hablar rápidamente agitando las manos delante de la cara de Ranni.

Ranni le dijo dónde podría encontrar el espejo y con una enorme sonrisa, enseñando sus blanquísimos dientes, se despidió de todos. Llamó a Mafumu y los dos desaparecieron entre la maleza.

—¡Eh! Mafumu, dime adiós por lo menos —gritó Jack.

Pero el tío del negrito lo tenía fuertemente agarrado por una oreja y Mafumu no pudo hacer nada.

—Podría haberse despedido —dijo Peggy—. Me gustaba Mafumu. ¡Ojalá hubiera venido con nosotros hasta el final de la aventura!

—¿Le ha dicho por dónde podemos ir para encontrar las cuevas? —preguntó Mike.

—Todo lo que ha dicho es que sigamos el camino rocoso.

—Esto parece el cuento de *Alí-Babá y los cuarenta ladrones*. ¿Os acordáis?... Cuando Alí-Babá decía: «¡Ábrete, Sésamo!» se deslizaba una gran roca y aparecía la entrada de la cueva.

Ni Pilescu ni Ranni conocían la historia, así que lo escucharon con mucho interés.

Más tarde se sentaron todos alrededor del gran árbol y comieron y descansaron, pues hacía mucho calor allí aun cuando estuviesen protegidos por la sombra de los árboles. Se oía el canto de muchos pájaros exóticos. Pilescu propuso que se quedaran a dormir allí, pero Ranni dijo que no le gustaba que los niños durmieran en el suelo, máxime cuando no podían encender fuego contra las fieras porque podían atraer la atención de los habitantes de la Montaña Secreta.

—Que duerman sobre este enorme árbol —propuso Pilescu.

—Pero ¿y si se caen mientras duermen?

—Ya lo tengo previsto todo. Los podemos atar con estas cuerdas.

Los dos hombres hablaban en su idioma y sólo los entendía Paul.

—¡Vamos a dormir encima de este árbol! —explicó a los demás.

—¡Fabuloso! —exclamó Mike—. Nunca me hubiera imaginado dormir en un

árbol.

Pilescu arregló las ramas poniendo hierbas y enormes hojas para que estuvieran más cómodos los niños.

Éstos estaban muy excitados ante la aventura de dormir sobre un árbol. Cuando Pilescu los llamó se apresuraron a trepar hacia las «camas» que éste les había preparado.



—Ahora cubríos con las mantas, que yo os ataré —dijo Pilescu.

—Hace mucho calor... —protestó Paul.

—Por la madrugada hará frío, así que debes cubrirte con ella si no quieres helarte.

Pilescu y Ranni estuvieron muy ocupados acomodando a los niños en el árbol. Ahora estaban a salvo. Los dos hombres se deslizaron por el tronco.

Los niños pronto se durmieron arrullados por el croar de las ranas y el canto de los pájaros. Uno de ellos tenía un extraño canto: *du du it, du du it*, parecía decir.

Como siempre, Pilescu y Ranni se turnaron la guardia de la noche.

Pilescu, que ahora estaba vigilando, oyó de pronto un ruido entre la maleza. Se deslizaba suavemente, procurando no hacer ruido. Pilescu agarró firmemente el rifle. ¿Sería un habitante de la Montaña Secreta? ¿Algún animal salvaje?

Pilescu despertó a Ranni.

—Hay algo raro por ahí —dijo señalando hacia donde provenía el ruido—. Veo una sombra moviéndose.

—Iré por detrás del árbol para sorprenderle —susurró Ranni al oído de Pilescu—. No te muevas.

Ranni se deslizó hacia la sombra y esperó a que ésta se acercara a él. Entonces se echó sobre «algo». Un aullido desgarró el silencio de la noche.

—¡¡*Yakka, longa, yakka, loriga!!*

Era algo pequeño que se movía con la agilidad de un mono. Algo muy conocido por los dos hombres...

¡Mafumu!

Sí... «Era» Mafumu. Pobre Mafumu. Había regresado con sus amigos andando millas solo y a través de la espesa selva.

—¿Qué ha ocurrido, Mafumu? —le preguntó Ranni.

—Me fui con mi tío y estuvimos andando mucho rato. No me trata muy bien, ¿sabe?, y me dijo que me echaría a la boca del primer cocodrilo que encontráramos. Entonces me escapé para volver al lado de mi amo Jack.

El pobre chiquillo estaba muy asustado y casi no podía andar porque se había clavado una espina en un pie. Ranni lo cogió entre sus brazos y Pilescu le curó el pie, sacándole la espina. Comió y bebió todo lo que quiso. Ranni dijo que podía dormir entre sus brazos como si fuera un bebé, pero él prefirió estar al lado de Jack.

Pero Jack no se enteró que Mafumu dormía a su lado porque estaba profundamente dormido.

—Mafumu nos puede ser muy útil —dijo Pilescu a Ranni—. Conoce casi todas las lenguas que hablan las tribus de por aquí. Sabe dónde hay agua y también las frutas que son comestibles.

Por la mañana hubo gran revuelo entre las ramas del gran árbol cuando los chiquillos descubrieron a Mafumu.

—Mafumu, ¿cómo es que has vuelto?

—¿Te has herido el pie?

Mafumu se sentó sobre las rodillas de Jack y dijo simplemente:

—Yo volver —y luego dijo de carrerilla—: Hola-bue-nas-noches-callate-quepasa.

Todos se rieron mucho y Jack dijo:

—Me alegro mucho de que hayas vuelto; creo que nos servirás de gran ayuda.

Y Jack tenía mucha razón, como pronto podréis ver.

CAPÍTULO XI LA MARAVILLOSA CASCADA

Cuando se hubieron desayunado discutieron cuál era el mejor plan a seguir.

—Por este lado parece imposible que podamos subir. Probaremos un poco más allá —propuso Ranni.

—Los hombres de la Montaña Secreta quizá ya sepan que estamos aquí y esperan el momento de capturarnos.

—¡Ooooooh! —gritó Nora presa de pánico—. No voy a moverme del lado de Ranni y Pilescu.

—Espero que así lo harás —dijo Pilescu dándole la mano—. No os habría llevado a esta loca aventura si hubiera sabido todo esto. Pero ahora es demasiado tarde para volvernos atrás.

—Yo quiero ir a buscar a mis padres —dijo Mike indignado— y lo lograremos.

—Sí, pero primero tenemos que saber «dónde» están y «cómo» podremos salvarlos.

—Empecemos ahora —propuso Mike—. ¡Vamos! Pronto hará demasiado calor para caminar.

Empaquetaron las cosas y emprendieron la marcha. Ranni, Pilescu y Mafumu llevaban la mayor parte de los paquetes.

Marchaban con mucha dificultad. Mafumu les servía de gran ayuda porque sabía encontrar los mejores caminos.

De pronto oyeron un extraño ruido.

—¿Qué es eso? —preguntó Nora, alarmada.

—Gran ruido, Mafumu, gran ruido —le dijo Jack.

Mafumu escuchó y se echó a reír.

—¡Gran agua! —repuso—. ¡Gran agua!

Mafumu se sentía muy orgulloso de poder contestar a Jack en su idioma. Era muy listo y aprendía con facilidad.

—¿Gran agua? —exclamó extrañado Jack—. ¿Quieres decir el mar?

—Ya sé lo que quiere decir: una cascada —dijo Mike—. Oíd. Parece el ruido de un trueno. Vamos, apuesto a que tengo yo razón.

Todos se apresuraron y el ruido se iba haciendo más y más fuerte. Parecía un trueno. El eco repetía el sonido una y otra vez. Era un ruido ensordecedor.

De pronto aparecieron ante ellos unas grandes cataratas. Caían desde lo alto de la montaña haciendo un ruido espantoso. Era un espectáculo soberbio.

—¡Dios mío! —susurró Peggy impresionadísima—. ¡Qué maravilla!

La cascada caía sobre un gran río que se juntaba al riachuelo por el que habían navegado nuestros amigos.

—«Aprissa», «aprisa» —dijo Mafumu señalando unas rocas—. Allí vamos,

«apriisa».

—Creo que podremos cruzar el río saltando de roca en roca. Yo cogeré a Nora y a Peggy —dijo Ranni—. Pilescu que ayude a Paul. Los chicos, componérselas solos.

—Yo también iré solo —exclamó Paul en el colmo de la indignación—. Yo también soy un chico...

—Pero no es tan fuerte como los otros —dijo Pilescu agarrando al chico y poniéndoselo sobre los hombros, a pesar de sus protestas.

Tal como había dicho Ranni, había muchas rocas en el río y fue fácil atravesarlo. Por fin estaban al otro lado de las cataratas. Éstas, al caer, hacían tanta espuma, que parecía agua de jabón. Nora dijo que de buena gana se bañaría allí.

Hacía mucho calor y todo el mundo estaba cansado. Incluso el infatigable Mafumu.

Así que decidieron descansar a la sombra de un árbol. Nadie tenía apetito, pero todos tenían sed.

—Me gustaría poder beber algo fresco —dijo Peggy.

En aquel momento Mafumu desapareció corriendo y al cabo de un instante volvió con una extraña clase de frutos. Les hizo un agujero en la cáscara y le enseñó a Peggy cómo tenía que hacer para beber su jugo.

—Supongo que será bueno —dijo Peggy dudosa.

—Mafumu conoce bien la fruta y sabe cuál es buena para comer y cuál no lo es —añadió Ranni—. Pruébalo y dinos si te gusta.

—¡Oh! —gritó Peggy una vez hubo probado aquel jugo mitad con gusto amargo, mitad ácido—. Parece un delicioso helado de limón.



Todos quisieron probarlo y Mafumu fue a buscar uno

—Mafumu —dijo Jack—. Eres muy, muy, muy inteligente.

Mafumu se esponjó de orgullo al ver que Jack le dirigía la palabra en un tono tan amistoso.

Todos durmieron la siesta, excepto Ranni, que se quedó vigilando.

A Ranni le costaba un gran esfuerzo mantenerse despierto. De pronto oyó... ¡voces!..., unas profundas y ásperas voces. Ranni mandó a Mafumu explorar el terreno porque sabía que el negrito sabía deslizarse sin hacer ruido. Mafumu se deslizó sobre el vientre como si fuera un reptil. Los niños quedaron asombrados de cómo podía moverse con tanta agilidad, arrastrándose como una serpiente.

Mafumu oyó que alguien se movía y apartó unas hierbas con sumo cuidado. Mafumu se volvió hacia Ranni le dijo por señas que se acercara. Ranni se dirigió cautelosamente hacia él. Los dos se quedaron allí mirando mientras los demás esperaban impacientes para que le dijeran lo que habían visto.

De pronto se oyó un desagradable sonido y las voces no se oyeron más. Ahora sólo se escuchaba el canto de los pájaros y el estruendo de las cataratas.

Ranni y Mafumu volvieron donde estaban los demás Cogieron a los niños y se los llevaron más lejos para explicarles lo que habían visto.

CAPÍTULO XII EN LA MONTAÑA SECRETA

—Rápido, Ranni, cuéntanos lo que habéis visto —dijo Jack.

—Hemos visto algunos hombres de la tribu que habita en la Montaña Secreta —dijo Ranni—. Son ciertamente muy raros. Tal como el tío de Mafumu nos dijo, tienen el pelo muy rojo y la piel amarilla. No he podido ver si sus ojos son verdes. Van vestidos con ropas de muchos colores y llevan turbantes.

—¿Qué más?... —se impacientaba Mike.

—Después ha ocurrido una cosa muy rara. No sé si dar crédito a mis ojos. El caso es que, cuando estábamos allí observándolos, hemos visto que cerca de ellos había una extraña piedra.

—¿Qué clase de piedra? —interrumpió Pilescu.

—Era enorme, y lo extraño de ella era que tenía la base más pequeña que la cima. Entonces uno de los hombres subió a lo alto de la roca y la empujó.

—¿Pudo moverla? —preguntó Mike—. Seguro que no.

—Eso es lo que yo pensé, pero la roca debía ser una de estas curiosas rocas basculantes que pueden moverse sin esfuerzo. Sólo se conocía una en el mundo, pero aquélla era otra de ellas. La roca se deslizó hacia un lado y pareció el cuento de *Alí-Babá*. Detrás de ella había una gran puerta en la pared de la montaña con brillantes clavos.

Todos miraron a Ranni impresionados. ¡Habían encontrado el camino para penetrar en la Montaña Secreta!

—No sé cómo lograron abrir la puerta; se deslizó hacia un lado silenciosamente, pero no sé si se abrió desde dentro o desde fuera. La roca volvió a su sitio cuando se oyó aquel extraño ruido.

—¿Y aquellos hombres entraron en la montaña?

—Efectivamente, ya no los vimos más —repuso Ranni.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jack—. Ya sabemos el camino, pero no sabemos cómo abrir la puerta de entrada a la gran cueva. ¿Por qué no lo intentamos esta noche?

—Iré yo —dijo Ranni— y me llevaré mi rifle.

Cuando las estrellas brillaron en el cielo y la luna iluminó las sombras de la noche, Ranni trepó a la extraña roca. Todos estaban mirándole angustiados.

Ranni trepó silenciosamente. Sabía que tenía que empujar en cierto punto de la roca tal como lo había visto hacer, pero era muy oscuro y difícil de encontrar el lugar exacto. Ranni empujó fuertemente. La roca no se movió. Probó una y otra vez y de pronto algo sucedió. ¡Había tocado el resorte accidentalmente! Con un enorme estruendo la roca comenzó a girar.

La puerta brillaba en la noche, pero no se abrió. Allí estaba, enorme y sólida,

cerrándoles el camino.

Todo el mundo se quedó esperando que ocurriese algo, todos temblaban terriblemente excitados. Pero no ocurrió nada. La roca se había movido, pero la puerta permanecía cerrada.

—¡Ranni! Quizá los hombres de la Montaña hayan oído el ruido. Intenta abrir la puerta —susurró Pilescu.

Ranni se acercó y empujó fuertemente. Después intentó correr la puerta hacia un lado y hacia otro. Volvió a empujar..., ¡pero la puerta permaneció cerrada!

—Vamos a ver lo que pasa —murmuró Mike a Pilescu.

Todos se dirigieron hacia donde se encontraba Ranni, pero a Jack, mientras bajaba del árbol ayudado por Mafumu, se le enredó el pie entre unas ramas. ¡Pobre Jack!

Ya todos los demás estaban donde Ranni, y en el momento en que Jack se había librado de la rama que le tenía sujeto... la enorme roca giró lentamente y volvió a su primera posición.

Entre la roca y la puerta cerrada quedaba un estrecho pasillo y allí estaban Mike, Paul, Ranni, Pilescu y las chicas. Todos menos Jack y Mafumu.

Éstos se quedaron aterrados viendo cómo la roca iba cerrando el paso a sus compañeros y ellos se quedaban solos.

—¿Estáis bien?... ¿Qué ha pasado?...

Pero nadie contestó a las angustiadas preguntas. Jack y Mafumu subieron a la roca e hicieron lo que habían visto hacer a Ranni, pero no lograron nada.

Detrás de la roca se oyó un ruido. ¡La gran puerta estaba abriéndose! Jack y Mafumu lo oyeron claramente en el silencio de la noche. ¿Qué sucedería?

Cuando la puerta se abrió, nuestros amigos vieron una enorme cueva iluminada por resplandecientes luces y un ancho camino se introducía en la cueva. Allí vivía la tribu de los habitantes de la Montaña Secreta.

Apareció ante ellos un hombre muy alto, de pelo y barba rojos y ojos llameantes, que habló a Ranni en un lenguaje parecido al que hablaba Mafumu. Ranni comprendía algo de lo que le estaba diciendo.

—Quiere que le sigamos. ¿Tienes el rifle, Pilescu?

—Sí. Pero será mejor no hacer uso de él. Son muchos y nosotros muy pocos. Dejemos nuestras armas y esperemos a ver qué sucede. Estamos metidos en un buen lío. Solamente están a salvo Jack y Mafumu.

—Esta cueva está bien construida. En las mismas entrañas de la tierra hay un verdadero pueblo... ¡Es sorprendente! Mira, en aquellas paredes hay unas pinturas muy bonitas...

Los niños lo miraban todo asombradísimos. La Montaña Secreta era un sitio encantador.

Después de haber andado un largo trecho llegaron a una cueva extraña de techo altísimo.

Al final de la cueva había una plataforma alfombrada con alfombras de maravilloso colorido.

En una mesa de piedra había jarros de agua fresca y en una bandeja muchos pasteles. Mike probó uno. Era muy rico. Todos comieron estos dulces porque estaban hambrientos.

La cueva estaba cerrada con una pesada puerta de madera, así que no podían hacer otra cosa que esperar. Los habían dejado solos en el corazón de la Montaña Secreta.

—Será mejor que descansemos —dijo Ranni—. Me alegro que, por lo menos, Jack esté a salvo.

—Quizás él y Mafumu encontrarán otro camino para venir a rescatarnos —dijo Peggy.

—Si van a la roca se encontrarán prisioneros como nosotros.

—¿Es posible que podamos ver a papá y mamá? —preguntó ansiosamente Nora—. También deben de estar aquí.

—Seguramente —repuso Pilescu pensativo—. Ranni y yo haremos guardia por turnos. Vosotros, niños, descansad.

Los chiquillos pronto cayeron en un profundo sueño debido al agitado día que habían tenido.

La noche pasó y no vino nadie a liberarles de su encierro. Las lámparas seguían brillando porque la luz del sol no entraba nunca a las entrañas de la Montaña Secreta.

CAPÍTULO XIII

MAFUMU HACE UN DESCUBRIMIENTO

—Jack estaba desesperado y Mafumu procuraba consolarlo. Los dos muchachos golpeaban una y otra vez la roca sin lograr ningún resultado positivo. La roca seguía sin moverse.

—Ven —dijo Mafumu cogiendo a Jack del brazo, y los dos volvieron junto al árbol y se sentaron pensativos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jack—. No puedo soportar el pensamiento de que los tienen prisioneros a todos y no podemos hacer nada para ayudarlos.

Mafumu no había comprendido lo que le decía Jack. El negrito empujó suavemente a su amigo para que se tendiera en el suelo y le dijo:

—Tú dormir. Yo encontrar camino.

Jack se tendió confiando en el niño indígena. Ahora no podían hacer nada más que esperar a la mañana siguiente.

El muchacho se durmió muy entrada la noche. Pero Mafumu siguió alerta y cuando vio que Jack tenía los ojos cerrados y escuchó su respiración creyó llegado el momento de empezar a ayudar a sus amigos.

Mafumu aún no había cumplido los doce años, pero era el muchacho más listo de su tribu. Travieso, desobediente y testarudo, era también muy inteligente. Ahora estaba pensando en la manera de poder entrar en la Montaña Secreta sin utilizar la roca deslizante.

De pronto a su mente le vino la idea de las grandes cataratas. Había visto el enorme salto de agua y pensó que quizá por allí hubiese otra entrada secreta.

El chico corrió hacia donde estaban las cataratas. Subió por un camino estrecho y peligroso y desde allí las vio. Eran magníficas; a la luz de la luna parecían un chorro de plata.

Mafumu miró con temor a un lado y a otro. Él no temía a los animales salvajes ni a las serpientes. Tenía mucho miedo a los llamados espíritus de las montañas, y también a los hombres amarillos de roja cabellera.

Fue subiendo por el camino; de vez en cuando el agua de las cataratas le salpicaba. La noche era calurosa y Mafumu agradecía la caricia del agua fresca.

Al final del escarpado camino se encontraba el río de donde provenían las cataratas. Desde allí vio claramente cómo el chorro del agua de las cataratas formaba otro río, allá abajo, que corría bajo tierra y se metía en la montaña. ¡Un río subterráneo que entraba hasta el corazón de la Montaña Secreta!

Mafumu se acercó hacia el nacimiento de las cataratas, casi ensordecido por el ruido que producía el agua al caer de tanta altura, y debajo del arco que formaba el agua vio una especie de plataforma rocosa que bien podía ser otra de las entradas de la Montaña Secreta..., Unas nubes taparon la luna y de pronto la noche se hizo

oscura. Mafumu tuvo miedo. Cogió entre sus manos el collar hecho con dientes de cocodrilo que pendía de su cuello para protegerle de las cosas que él tanto temía.

Bajó corriendo el camino erizado de rocas puntiagudas que le herían los muslos y las piernas; pero él no sentía el dolor; ansiaba solamente llegar al lado de su amito Jack y entonces ya no tendría más miedo.

Jack estaba despierto y muy preocupado por la desaparición de Mafumu. No sabía qué hacer, cuando de pronto llegó el negrito sonriendo.

Mafumu tenía un plan. En un inglés muy divertido explicó a Jack su idea.

—Gran, gran agua. Mi amo Jack venir con mí a ver gran agua. Vamos dentro gran agua. Vamos.

Jack pensó que Mafumu se había vuelto loco, pero el negrito insistió tanto que, por fin, Jack se decidió a seguirle.

Dejaron los paquetes junto al árbol cubiertos con hierbas para disimular su presencia y se dirigieron hacia las cataratas.

Treparon por el camino que había seguido Mafumu hasta llegar a donde empezaban las cataratas. Mafumu estaba muy agitado. Cogió de la mano a Jack hasta que llegaron donde había aquella plataforma y el río subterráneo. Mafumu señaló las rocas y el río.

—¡Qué lugar tan extraño! —exclamó Jack contemplándolo—. ¿Por qué me has traído hasta aquí, Mafumu?... ¿Crees que este río subterráneo puede llevarnos hasta las cuevas donde viven los hombres de la Montaña Secreta?... Y yo que creí que estabas loco...

—Entrar allí..., entrar allí —repetía Mafumu, señalando el río subterráneo.

—Bien, Mafumu, creo que tienes razón. Sólo Dios sabe dónde iremos a parar...

Los muchachos se apretaron contra la pared de la montaña para seguir por el camino que iba estrechándose y penetraron en el hueco por detrás de las cataratas. Era un sitio muy peligroso, puesto que, si caían al agua, se ahogarían sin remisión por la fuerza y el remolino que producía el enorme chorro de las cataratas. Iban muy despacio, colocando los pies con gran precaución. El camino estaba mojado y resbaladizo y las enormes cataratas caían con un ruido ensordecedor a unos palmos de distancia de donde ellos estaban, empapándolos de pies a cabeza.

El camino rocoso continuaba penetrando en la montaña. Estaba a medio metro del río, que corría bajo los pies de los niños. Pronto dejaron de oír el estruendo del agua y todo apareció extrañamente silencioso. Por debajo de ellos corría el río calladamente.

—Esto es muy oscuro, Mafumu —dijo Jack. Y no solamente era oscuro sino que también frío. El sol nunca había entrado allá...

De pronto una extraña luz iluminó el techo y las paredes del túnel de piedra por el que corría el río.

Era una luz verdosa. Mafumu estaba aterrado, pero Jack sabía que se trataba de

un fenómeno que se llama «fosforescencia». Se alegraba de que hubiese esa luz, porque así podían ver dónde estaban y dónde ponían los pies.

Anduvieron una larga caminata a través del túnel en cuyas paredes había una serie de cuevas pequeñas. Los niños estaban asombrados porque por todas partes había piedras que daban luz.

A Mafumu no le gustaba ni pizca todo aquello.

—Pared tener ojos que miran a Mafumu —decía muy asustado.

De pronto el túnel se estrechó y el techo del mismo casi tocaba el agua.

—Ya no podemos continuar, Mafumu —dijo Jack con desmayada voz.

Mafumu se metió en el agua y comenzó a nadar. A unos metros de distancia el agua tocaba el techo de la bóveda y Mafumu tuvo que sumergirse. Era buen nadador y podía aguantar bastante rato sin respirar, pero ahora, cuando quiso sacar la cabeza para tomar aire, no pudo hacerlo porque no había lugar entre la superficie del agua y el techo de roca. Los pulmones de Mafumu estaban casi a punto de estallar. No tuvo otro remedio que dar la vuelta rápidamente y regresar a donde estaba Jack.

De nuevo quiso intentarlo porque había tenido una idea y quería ponerla en práctica. Cuando llegó al trecho del río que se juntaba con el techo y tuvo que sumergirse de nuevo, empujó la roca que había sobre él y... se vio recompensado por el esfuerzo: el techo cedió y sobre él apareció una gran cueva. Por fin pudo Mafumu sacar la cabeza del agua y aspirar una gran bocanada de aire.

Volvió a meterse en el agua y regresó donde estaba su amigo Jack para contarle el extraordinario descubrimiento.



Mafumu intentó explicárselo de la mejor manera que pudo y Jack lo entendió perfectamente.

—Tenemos que ir los dos —dijo Jack decidido—. Pasa tú delante, Mafumu. Soy buen nadador, pero desde luego no tan bueno como tú; tengo que intentarlo. ¡Vamos!

Se metieron los dos en el agua. De momento podían sacar de vez en cuando la cabeza fuera para tomar aliento, pero después ya no pudieron hacerlo hasta que llegaron adonde Mafumu había descubierto la cueva. Salieron del agua y se sentaron

al borde de la cueva. Sus corazones golpeaban en su pecho como si fueran tambores.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Jack mirando a su alrededor—. Hay tres o cuatro salidas en esta gruta, Mafumu, ¿por cuál nos decidimos?

CAPÍTULO XVI EN EL INTERIOR DE LA MONTAÑA

Mafumu se asomó a todos los pasadizos que se abrían en la cueva. Por fin se detuvo en uno y llamó a Jack.

Los dos niños quedaron sorprendidos: en uno de los pasadizos había una enorme escalera que subía hacia la cima de la montaña por las entrañas de la tierra. Los escalones eran de piedra pulida y abrillantada. Al pie de la escalinata colgaba una extraña lámpara que despedía una luz verdosa.

Los muchachos no sabían qué hacer. ¿Dónde conduciría la escalera?

—¿Subimos? —susurró Jack al oído de Mafumu.

El negrito asintió y empezaron a ascender silenciosamente. De pronto la escalera daba un giro a la derecha y se convertía en una escalera de caracol.

—Creo que debe de llegar hasta la misma cima —dijo Jack casi sin respiración—. Sentémonos y descansemos.

No se dieron cuenta de que delante de ellos se abría una gran puerta de madera. ¡De repente oyeron las ásperas voces de los habitantes de la Montaña! Los niños se detuvieron muy asustados en el mismo instante en que la puerta acababa de abrirse...

Los chicos no sabían si aquellos hombres iban a bajar o a subir y no tenían tiempo de esconderse. Siguieron allá de pie con las piernas temblando y el corazón latiéndoles fuertemente.

«Si bajan, nos verán —pensó Jack desesperado—. No podemos escondernos...»

Por suerte para ambos, para nuestro amigo Jack y su compañero Mafumu, los hombres subieron la escalera y sus voces se fueron apagando en la distancia. Los chicos se dirigieron hacia la puerta, que seguía abierta...

—¡Qué suerte! —dijo Jack a Mafumu.

Los dos entraron por uno de los pasadizos y salieron a una sala de grandes dimensiones.

«Esto debe ser una especie de sala de conferencias —pensó Jack—. Apuesto a que estamos en el centro de la montaña.»

Sobre el techo de la gran sala se oían pasos en todas direcciones. Gigantescas lámparas colgaban del techo.

—Mafumu, estos tipos volverán. Vámonos de aquí. Vamos a otro lugar a ver si encontramos a todos nuestros compañeros. ¡Aprisa!

Entraron en otro pasadizo que partía de la gran sala. De pronto oyeron voces y se detuvieron en seco.

Volvieron atrás y escogieron otra puerta que los llevó hasta una sala cuyas paredes estaban cubiertas de pieles de animales y había cortinas de una tela brillante. El suelo estaba alfombrado. ¡Sobre él se hallaban sentados los hombres que habitaban en la Montaña Secreta!

Los hombres tenían el pelo y la barba rojos y la piel de un amarillo de tonalidad suave. Las mujeres iban cubiertas hasta la nariz y no se les veía ni el pelo ni las mejillas. Nuestros muchachos supieron que eran mujeres porque hablaban con voz aguda y chillona.

Todos trabajaban en algo. Algunos tejían alfombras, otros trabajaban con algo que parecía ser rafia y hacían con ella largas cuerdas, etc.

—Será mejor que nos marchemos —susurró Jack—. Si nos descubren nos harán prisioneros.

Salieron cuidadosamente sin hacer ruido por la misma puerta que habían entrado y se encontraron con otro pasadizo que daba a una pequeña cavidad en donde había una escalera de cuerda que colgaba y desaparecía por un agujero del techo. Los chicos pensaron que sería otra salida. Se decidieron a subir y desaparecieron en el oscuro agujero.

De pronto se detuvieron y Jack dijo:

—Mira, allí hay una puerta con una enorme cerradura. A lo mejor están Peggy y Nora y... todos los demás. Está la llave puesta, pero... es demasiado grande, no podremos abrir...

Aunque fue difícil, por fin lo lograron y entraron en otra estancia. Allí no se oía nada. ¿Es que no habría nadie? Jack llegó hasta el fondo de la sala y... ¡qué sorpresa recibió!

¡Había encontrado a sus padres!

Estaban muy pálidos y parecían enfermos. Ellos creían que era el guardián que les traía comida, pero cuando vieron que era Jack no podían dar crédito a sus ojos... ¿Estarían soñando?

—¡Jack!... ¡Jack!... ¿Eres realmente tú? —preguntó ansiosamente la señora Arnold—. ¿Dónde están los otros?

Jack abrazó a sus padres muy emocionado, sin poder hablar.

—No hay tiempo que perder —dijo el capitán Arnold—. Seguidme. Nos pondremos a salvo.

Tomaron algo de comida y una jarra de agua, cerraron la puerta con llave y bajaron por la escalera de cuerda. El capitán entró en un pasadizo muy oscuro, pero de vez en cuando lo iluminaba un rayo de luz.

—Aquí estamos seguros —dijo el capitán deteniéndose.

—Habla, Jack —rogó la señora Arnold—. ¿Qué ha sido de Nora, de Peggy, de Mike?

Jack les contó toda su gran aventura. El capitán y su mujer le escuchaban asombrados.

—Bueno, ahora os contaremos lo que nos pasó a nosotros —dijo el capitán.

Les dijo que cuando se habían visto obligados a aterrizar por una avería del motor

del avión y mientras lo estaban reparando, los hombres de la Montaña Secreta los habían capturado. Los habían llevado hasta allí y los tenían prisioneros desde entonces.

—No sabemos exactamente el motivo por el cual nos tienen prisioneros, pero me parece que para nada bueno. Estos hombres adoran al sol como a su dios y creo que en la cima de la Montaña Secreta tienen una especie de templo donde hacen sacrificios al dios Sol.

—¡Qué horror! —exclamó Jack, palideciendo. Él conocía las costumbres de algunas tribus salvajes y sabía lo crueles y despiadados que eran—. ¿Qué ocurrirá con mis hermanos y nuestros amigos?

—Tenemos que encontrarlos —dijo el capitán—. Están en la Montaña Secreta y debemos buscarlos. Tenemos tiempo hasta la mañana, que es cuando el guardián nos viene a traer la comida. Hay muchas horas por delante. ¡Vamos!

Al principio, Mafumu se sentía turbado, pero cuando vio que Jack hablaba tan cariñosamente con ellos empezó a coger confianza y a decir:

—Mi, Mafumu..., mi, Mafumu. Jack amito Mafumu.

—Bien, Mafumu —dijo el capitán—. Seguidme todos y veremos a dónde iremos a parar...

CAPÍTULO XV EN LA CUMBRE DE LA MONTAÑA

¿Qué les había ocurrido, mientras tanto, a los demás?

Seguían en la misma habitación extrañamente iluminada.

—Tengo hambre —dijo Mike bostezando—. Espero que den de comer a sus prisioneros...

No había acabado de decirlo cuando se abrió la puerta y entraron dos hombres que traían agua fresca y unas tortas en una gran bandeja. También traían frutas de todas clases.

—Me gustaría saber qué les ha sucedido a Jack y a Mafumu.

—No lo puedo imaginar —repuso Ranni tomando algo de fruta.

Ranni y su compañero Pilescu estaban muy preocupados. Odiaban a los raros hombres de la Montaña Secreta, que los contemplaban con curiosidad mientras comían.

Hacia el final de aquel día apareció uno de aquellos hombres y les dijo por señas que le siguieran. Así lo hicieron por largos y tortuosos pasadizos y por fin llegaron a una gran puerta que brillaba con la luz verdosa de las lámparas.

Abrieron la puerta y apareció una gran escalera ascendente. Cada uno de sus doscientos escalones brillaba con luz dorada. Cuando llegaron al final, los niños apenas podían tenerse en pie.

Detrás de ellos iba el hombre de la Montaña Secreta cantando una lúgubre canción. ¡Era horrible!

Ranni y Pilescu estaban seguros que aquella escalera conducía a la cima de la Montaña Secreta.

—Me parece que ya estamos cerca de la cumbre. Debe ser el ocaso y el sol es su dios, al cual adoran cada día cuando sale y cuando desaparece en el horizonte. Probablemente lo veremos ahora.

Ranni tenía razón. No imaginaban el extraordinario espectáculo que iban a presenciar.

Por fin salieron al exterior. El panorama que se divisaba desde lo alto de la montaña era magnífico. Se hallaban rodeados de otras montañas, verdes prados y ríos que parecían cintas plateadas.

La cúspide de la montaña era una vasta planicie y el centro estaba embaldosado con brillantes piedras doradas, igual que la escalera que subía hasta allí. En una esquina se erguía una especie de templo.

A nuestros amigos los llevaron hasta allí y les colocaron sobre los hombros unas brillantes capas tejidas con una clase de lana que abrigaba mucho. Soplaban un viento seco y frío.

Todos se hallaban en el templo donde sobresalía un torreón. Desde allí se podía

ver cómo el sol iba descendiendo lentamente hacia el horizonte. Todos los habitantes de la Montaña Secreta cayeron de rodillas, entonando una fantástica canción.

—Debe de ser una especie de plegaria —dijo Ranni—. Esto no me gusta nada.

—¿Por qué? —preguntó Paul.

Ranni no contestó. Todos miraron hacia el sol. De pronto éste desapareció tras unas nubes y se oscureció todo.

Uno de los hombres pelirrojos se fue a colocar en el centro de aquel templete y habló con voz alta y airada.

Ranni escuchaba e intentaba descifrar algo de su extraño lenguaje.

—¿Qué dice? —preguntó Mike.

—Dice que lloverá y parece ser que la lluvia es para estos hombres desagradable.

Aquella noche durmieron nuestros amigos en aquel templete. Estaban solos en la cima de la Montaña Secreta, porque sus guardianes se habían ido y habían cerrado la puerta. Ranni y Pilescu exploraron el templo, pero no encontraron ninguna otra salida. Estaban de nuevo prisioneros.

Se hubieran sorprendido mucho si hubieran sabido lo cerca que estaban de Jack, Mafumu y los señores Arnold.

Éstos seguían andando por pasadizos. Llegaron a una sala cubierta de brillantes pinturas. Casi todas eran rojas y amarillas. El capitán las examinó de cerca.

—Esto explica el color rojo de sus cabellos. Se tiñen el pelo con este tinte de color rojo vivo para asustar a los que no son de su tribu. Y ahí está el pigmento que usan para teñir su piel de color amarillo.

Había unos botes llenos de un unguento amarillo del mismo color que la piel de aquellos extraños seres que habitaban la Montaña Secreta.

Cuando Jack vio todo aquello ya no sintió miedo. Cogió uno de los botes y se lo metió en el bolsillo.

—Me lo llevaré a casa —dijo.

«Si es que podemos volver», pensó el capitán.

Salieron de allí y entraron en un pasillo de techo altísimo.

—Nos perderemos —dijo el capitán—. Esto parece un laberinto.

Los cuatro siguieron adelante. No sabían si aquel camino los llevaría al nacimiento de las cataratas, por donde habían entrado Jack y Mafumu.

Al poco rato llegaron frente a una puerta de curiosa forma redonda que tenía muchos soles dibujados. Alguien hablaba un extraño lenguaje tras aquella misteriosa puerta.

—¿Qué dicen? —preguntó Jack.

Mafumu aplicó el oído a la puerta y escuchó atentamente. Luego se volvió hacia los otros con una expresión aterrada en su rostro.

—Decir que dios Sol estar enfadado y desaparecer detrás de nubes porque él no

tener víctimas. Ellos «querran» esclavos antes que sol esconder para siempre cabeza tras las nubes y llover..., llover... Y somos nosotros los siervos...

—Es lo que me temía —dijo el capitán muy preocupado—. Uno de nosotros será arrojado por un precipicio para calmar la ira del dios Sol. Tenemos que encontrar a los otros y prevenirlos en seguida. Sigamos adelante.

CAPÍTULO XVI UN EXTRAÑO VIAJE Y UNA SORPRESA

Así que el capitán hubo acabado de hablar se abrió la puerta y apareció uno de aquellos hombres. Menos mal que el pasadizo estaba muy oscuro y no vio a nuestros amigos, que se apretaron contra la pared para esconderse.

Se oían voces y pasos precipitados.

—¡Correr!... ¡Aprisa!... —susurró Mafumu al oído del capitán.

Éste comprendió que habían descubierto su fuga y que tenían que huir de allí a toda prisa. ¿Pero adónde ir?

—Regresemos al río —propuso la señora Arnold.

De pronto Mafumu descubrió algo interesante cuando llegaron al río: un pequeño bote.

—Rápido..., subamos a él. Vienen hacia nosotros.

No parecía haber otra solución, así que se apretujaron los cuatro y subieron al bote. No había remos, pero tampoco hacían falta, pues el bote comenzó a deslizarse empujado por la corriente del río.

¡Qué fabuloso viaje en el centro mismo de la Montaña Secreta! El río se introducía en cuevas fosforescentes y a veces entraba por túneles oscuros. Al pasar por una de las curvas la señora Arnold por poco se cae al río; suerte que el capitán, su esposo, la agarró a tiempo. Todos pasaron un gran susto.

Mafumu estaba aterrorizado y acariciaba su collar confeccionado con dientes de cocodrilo que, según las creencias de su tribu, le protegía de la mala suerte.

El río desembocó en una especie de laguna en donde el bote fue perdiendo velocidad hasta casi detenerse.

—Estamos llegando a alguna parte —dijo el capitán—. Quisiera saber de dónde proviene esta luz tan brillante.

Pronto lo averiguaron... El bote se detuvo en una cueva cuyo suelo estaba cubierto de piedras pulidas y brillantes. En las paredes había todos los colores del arco iris, y del techo salía una intensa luz rosada.

Había varias mesas de piedra y blandas y suaves alfombras, grandes jarrones con ramos de flores y en un rincón parloteaban tres loros. También descubrieron a cinco monitos acurrucados sobre una de las alfombras.

—Esto me recuerda un cuento de hadas —dijo la señora Arnold—. ¿Bajamos aquí?

No había nadie en aquella cueva, que más parecía el salón de un palacio. Solamente estaban allí los loritos y los monos, pero el capitán no acababa de decidirse. En aquel momento vio que una gran puerta dorada les cerraba el paso. Sentados a ambos lados de la puerta vieron ¡una docena de hombres pelirrojos!

En cuanto éstos vieron el bote empezaron a chillar y a señalarlos muy excitados.

—¡Nos han cogido! —exclamó consternado el capitán.

Aquellos hombres los obligaron a descender y parecieron muy extrañados de ver a Jack y a Mafumu.

La gran puerta se abrió y vieron en un trono un hombre de aquella tribu que parecía ser su rey o su jefe. En cuanto los vio sus ojos brillaron. Les habló con voz dura y desagradable. Solamente Mafumu comprendió algo de lo que decía y comenzó a temblar.

El rey había dicho que los adoradores del Sol necesitaban una o más víctimas para arrojarlas desde lo alto de la Montaña Secreta para ofrecer sacrificios a su dios y calmar su ira.

Los hombres rodearon a nuestros cuatro amigos y los llevaron al otro lado de aquella sala. Iban a subir a la cima de la Montaña. Para ello utilizaban una especie de jaula dorada adornada de bellos dibujos.

Todos subieron en aquel «ascensor», que no funcionaba mecánicamente, sino que unos cuantos hombres tiraban de unas cuerdas que lo sujetaban. Al llegar al final, en el techo había una trampa que ellos abrieron desde abajo tirando de cuerdas. Para esto necesitaban más de veinte hombres. Salieron a la superficie. Nadie de nuestros amigos tenía idea de dónde se encontraba.

A Jack se le ocurrió mirar a su alrededor para ver si encontraba a los demás, pero no vio a nadie.

Sin embargo, ¡estaban «allí»!

Se hallaban escondidos en el templete, cubiertos con mantas y comiendo fruta.

Fue Paul quien los descubrió.

—¡¡Allí!!... ¡¡Allí!!... —gritó.

Todos fueron corriendo hacia Jack, Mafumu y los señores Arnold. Se abrazaron unos a otros llorando de alegría. Se hacían mil preguntas y hablaban todos a un tiempo. Eran felices de hallarse de nuevo todos reunidos.

—Esto ser «grran» sorpresa —decía Mafumu feliz.

CAPÍTULO XVII

RANNI Y PILESCU SE ESCAPAN

Cuando todos se hubieron calmado un poco se dieron cuenta de que los guardianes que los acompañaban en el «ascensor» habían desaparecido por la trampa que ahora volvía a estar cerrada.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Mike, por esta trampa?

Mike repuso que habían subido por una escalera de peldaños dorados.

Los niños eran muy felices de volver a ver a sus padres y también a Jack y a Mafumu; habían olvidado los problemas y charlaban contándose sus aventuras. Sólo los mayores se daban cuenta de la gravedad de la situación.

—Tenemos que escapar. Estos salvajes deben escoger una víctima y será alguno de nosotros.

—Podemos atacar a los guardianes cuando vengan a traer la comida —propuso el capitán.

—Me temo que no hay otra solución. La montaña está rodeada de precipicios —dijo Ranni.

En aquel momento Jack estaba enseñando a los otros el bote de pintura que se había guardado. Se puso un poco en la cara y todos quedaron sorprendidos del resultado. ¡Parecía uno de aquellos hombres de la Montaña Secreta!

Ranni y Pilescu, que no sabían nada sobre aquel pigmento, quedaron horrorizados.

—¡Jack!... ¿Qué te pasa?... ¿Estás enfermo? —preguntó Pilescu.

—Estoy muy grave... Tengo la fiebre amarilla... ¿Puedes ir a la farmacia y traerme una medicina?

Los otros niños se reían y Pilescu se dio cuenta que se trataba de una broma.

—¡Oye! —exclamó Jack brillándole los ojos—. Si Pilescu y Ranni se tiñen la piel de amarillo serán «exactamente» como los hombres de esta montaña, porque los dos también tienen el pelo rojo...

Ambos, sin esperar más, cogieron aquel unguento y se tiñeron cara, manos y cuello de amarillo. ¡Eran iguales a aquellos hombres!

—No perdamos tiempo —dijo el capitán—. Se acerca el momento de la puesta del sol; entonces vendrán todos aquí. En aquel momento tendrán ustedes que mezclarse con ellos y ¡escapar!

Ranni y Pilescu cogieron ropa que había en un rincón de aquel templo y se la pusieron. Se cubrieron con aquellas brillantes capas y... resultaron unos perfectos habitantes de la Montaña Secreta...

Se escondieron detrás de unas columnas esperando la puesta del sol. Cuando llegó el momento, tal como habían previsto, subieron todos a adorarle y fue entonces cuando mezclándose con los demás hombres pelirrojos Ranni y Pilescu se marcharon

por la trampilla que daba al «ascensor».

—¡Viva! Lo han logrado —exclamó Jack cuando se hubieron marchado todos—. Encontrarán la salida.

Durante la noche no ocurrió nada. Hacía mucho frío y el viento no dejaba de soplar. Todos estaban acurrucados en un rincón del templo. Mafumu, como de costumbre, a los pies de Jack.

Pasaron dos días y no ocurrió nada nuevo. A la puesta del sol subían los adoradores, les llevaban comida y agua y no se sabía nada ni de Ranni ni de Pilescu.

A partir del tercer día comenzaron a suceder cosas. El «ascensor» subió otra vez, pero ahora iba en él el jefe de aquella extraña tribu. Era muy alto y muy delgado. Llevaba ropas holgadas que ondeaban al viento. Su rostro estaba muy arrugado, parecía ser viejísimo, pero era fuerte y tenía una poderosa mirada de águila.



Anduvo solemnemente hacia el templo, donde cantó extraños himnos religiosos. Después se volvió hacia sus acompañantes y dio una orden. Éstos fueron hacia donde estaban nuestros amigos y los trajeron frente al rey. Los miró atentamente uno a uno. Pareció darse cuenta de que faltaban dos prisioneros.

—Se han dado cuenta de que faltan Ranni y Pilescu —murmuró Jack.

El rey se enfadó mucho. Sus ojos llamearon de furor. Se dirigió a sus servidores ásperamente, hablando muy aprisa, y ni siquiera Mafumu entendió nada de lo que estaba diciendo.

El rey se acercó a los prisioneros y los miró de cerca. Ninguno de ellos se movió, excepto Mafumu, que estaba tan aterrado que apenas podía sostenerse en pie.

¡El rey estaba escogiendo a la víctima para ofrecerla al dios Sol! De pronto se fijó en Jack, después miró muy de cerca a Nora y a Peggy y tocó la mejilla de Paul. Pero ninguno de ellos pareció de su agrado.

¿A quién escogería como esclavo de su dios para ofrecerlo en sacrificio?

CAPÍTULO XVIII EL ESCLAVO DEL DIOS SOL

Por fin el rey agarró al príncipe Paul y llamó a sus servidores. En seguida aparecieron dos hombres pelirrojos y cogieron al aterrado chiquillo. No dijeron lo que iban a hacer con él, pero Paul estaba decidido a que no se dieran cuenta de que tenía tanto miedo.

Pálido, pero sereno, miró de frente al rey. Mike y los otros se sintieron orgullosos de su amigo.

Se lo llevaron hacia la puerta dorada y desapareció por la escalinata de piedra. Después la puerta volvió a cerrarse.

—¿Qué van a hacer con el muchacho? —preguntó el capitán con fiereza.

El rey se rió mostrando sus colmillos, única dentadura que le quedaba y se dirigió al templete para seguir orando.

Mafumu, temblando como una hoja, explicó a sus amigos que habían escogido a Paul como esclavo del dios Sol. Todos le oyeron aterrados. El capitán y su esposa se miraron con horror. Ellos sabían los atroces tormentos que aplicaban a sus prisioneros algunas de las tribus salvajes... Peggy y Nora comenzaron a llorar.

—No veo posibilidad de salvarle —dijo el capitán.

Jack hablaba con Mike y Mafumu. Jack nunca perdía la esperanza. Pero Mike y el negrito estaban desesperados.

—Busquemos en nuestros bolsillos un lápiz o un bloc o algo. Se lo enseñaremos y quizá lo encuentren mágico...

Jack encontró en uno de sus bolsillos una pequeña libreta, que era su diario. Se la dio a Mafumu.

Mafumu la miró hoja por hoja, pero no entendió nada porque no sabía leer ni escribir.

—¿Por qué hojas con signos y hojas blancas? —preguntó.

—Porque yo escribo lo que me pasa hoy y hay escrito lo que me pasó ayer, pero mañana no puedo escribir nada porque no sé lo que va a ocurrir. ¿Comprendes?

—Pero no sabemos a qué día estamos, hemos perdido la cuenta —dijo Mike.

—Te equivocas —repuso Jack—. He apuntado lo que nos ha ocurrido cada día. Mira, hoy es miércoles, 16.

Súbitamente Mike arrebató el diario de manos de Jack.

—¡Mira, Jack, mira lo que pone en la libreta para mañana, jueves! Anuncia un eclipse de sol... Será estupendo si lo podemos ver desde aquí...

—Vamos a preguntárselo a papá.

—Papá, en la agenda de Jack dice que mañana habrá un eclipse de sol. ¿Lo podremos ver desde aquí?

El capitán cogió la pequeña agenda y leyó:

—Eclipse de sol a las 11:43. ¡Un eclipse de sol y precisamente «mañana»! ¡Es increíble!

—¿Por qué?

—Escuchad. Todos sabéis lo que es un eclipse de sol. La luna se interpone entre el sol y la tierra, y en África, durante el eclipse, todo se oscurece como si fuera de noche. El sol desaparece por completo. ¿Sabéis qué podemos hacer para salvar a Paul?

—¿Qué?

—Cuando vuelvan al ocaso, Mafumu puede acercarse a ellos y decirles que yo mataré al sol si no dejan libre a Paul —explicó el capitán.

—¿Qué quiere decir «matar al sol»? —preguntó Nora.

—Para ellos, cuando llegue el eclipse será como si el sol hubiera muerto en pleno día. Creerán que no volverán a verlo nunca más y estarán dispuestos a obedecerme.

—Es demasiado maravilloso para ser cierto. ¡Qué idea tan estupenda!

—Podemos probarlo, ¿no os parece? Esperemos a que suban a adorar al Sol.

Pero con gran disgusto vieron que nadie subía.

—Quizás están ocupados buscando a Ranni y a Pilescu —dijo el capitán.

Los niños estaban muy tristes pensando en su querido compañero el príncipe Paul. Sabían que era valiente, pero tenían miedo de que le ocurriese algo malo y no pudieran salvarlo a tiempo.

Pasó aquella noche y al amanecer salió el sol inundándolo todo de una luz rojiza.

—Desde luego, no me extraña que estos ignorantes lo adoren —dijo Mike.

De pronto se oyó un ruido y se abrió la trampa por donde subía aquella especie de ascensor dorado.

—Escuchad... ¡Alguien viene!

Llegaba el rey con dos servidores y una pequeña figura envuelta en riquísimas telas. ¡Era Paul!

—¿Por qué le han vestido así? —preguntó Mike—. Y... también lleva algo sobre su cabeza.

Cierto. Paul iba ricamente vestido con ropas que le llegaban hasta los pies y llevaba un extraño sombrero en la cabeza.

El niño sabía que lo habían escogido como víctima, pero procuraba ocultar su miedo. Paul era muy valiente.

—¡Querido Paul, amigo mío! —dijo Nora.

—Estoy orgulloso de ti —dijo Mike con voz quebrada por la emoción.

Entonces el capitán se adelantó y gritó muy fuerte:

—¡Quietos!

El rey se paró y giró sobre sus talones. No había comprendido lo que el capitán había dicho, pero le detuvo el tono con que fue pronunciada la palabra.

—Ven aquí, Mafumu —dijo el capitán al pobre muchacho, que temblaba de pies a cabeza—. Diles que yo mataré al sol si hacen daño a Paul.

Mafumu dudaba. Tenía mucho miedo a aquellos hombres, pero finalmente se decidió.

El rey frunció el entrecejo y miró fijamente al capitán. Entonces le habló a Mafumu.

El chico volvió junto a Arnold y le dijo:

—Rey decir NO. Capitán no poder matar sol. Decir que cuando sol esté arriba, arriba, arriba, Paul será dado al sol.

—Cuando el sol esté alto, arriba, arriba, arriba —repitió el capitán—, yo lo mataré. Díselo al jefe.

El capitán había visto en la agenda que el eclipse se produciría a las 11:43, o sea, antes del mediodía.

Pero el rey se echó a reír y, sin hacerle caso, se dirigió hacia el torreón que coronaba aquella especie de templo. Paul le seguía con la cabeza erguida y las piernas firmes. Todos miraban fijamente al muchacho. Algo iba a ocurrir.

CAPÍTULO XIX EL SOL DESAPARECE

A todos los demás no se les permitía la entrada en aquella parte del templo, ni siquiera a los guardianes.

Mike podía ver a Paul y al rey en lo alto de la torre. El rey musitaba una extraña canción de cara al astro del cual eran adoradores.

Mike gritó con todas sus fuerzas:

—No tengas miedo, Paul, te salvaremos.

Pero el viento se llevó las palabras y Paul no pudo oírlas.

El sol iba ascendiendo y hacía más y más calor.

Cerca de las once se abrió la gran puerta que daba a la escalinata y apareció una multitud de hombres amarillos con las barbas y el pelo color rojo vivo. Todos iban vestidos igual que Paul. Sus caras estaban más amarillas que nunca. Entonces comenzó una extraña danza ritual.

El capitán miró su reloj. Eran las once y media... Miró ansiosamente al sol, que había alcanzado ya su punto más alto en el horizonte y brillaba más que nunca.

Repentinamente el capitán echó a correr hacia la torre. Fue una acción tan inesperada que nadie pudo impedirle llegar junto al rey.

El capitán cogió el machete que llevaba en su cinturón y lo arrojó en dirección al sol. El cuchillo describió una gran curva y se perdió de vista cayendo montaña abajo.

—¡Él matar sol!... ¡Él matar sol! —gritó Mafumu.

Todos los hombres corrieron hacia el capitán para castigarle, pero entonces ocurrió algo terrible.

Empezó a desaparecer el sol y fue oscureciéndose como si llegara la noche.

Una sombra parecía que iba tragándose el sol poco a poco.

—¡Mirad! —gritaba Mafumu en el colmo del terror—. ¡El sol ser comido!... ¡El sol ser comido!...

Todos callaron y miraban el sol, cubriéndose la cara con las manos. Los guardianes que corrieron a castigar al capitán se habían detenido temblorosos.

La luna cubrió la luz del sol y quedó oscuro como la noche. Aquellos hombres desconocían lo que era un eclipse y todos creyeron firmemente que aquel hombre había matado el sol.

Se echaron de bruces al suelo entonando frenéticos cantos.

Los pájaros habían cesado de cantar, los monos permanecían silenciosos; tampoco se oía el croar de las ranas. Toda la selva y las montañas y sus habitantes parecían haber muerto.

El rey miraba al sol con semblante horrorizado. ¿Sería posible que aquel hombre blanco hubiera matado a su dios, que brillaba cada día en el cielo?

Pero aún ocurrieron más cosas extrañas: el cielo se volvió completamente negro y

brillaron las estrellas.

—No tengáis miedo —dijo la señora Arnold a los niños, que estaban también aterrorizados, puesto que ellos tampoco habían visto nunca un eclipse—. El sol ahora está detrás de la luna. Recordad que las estrellas siempre están en el cielo, aunque sea de día, pero no las podemos ver porque la luz diurna es muy brillante; sólo las vemos cuando el sol se pone y llega la noche.

Los niños parecieron más tranquilos. No así Mafumu, que no había comprendido la explicación y estaba arrodillado orando a sus dioses para que le protegiesen de aquel extraño fenómeno.

El capitán cogió a Paul y le dijo al oído:

—Baja las escaleras y ve con tus amigos. ¡Estás salvado!

Así lo hizo Paul después de darle las gracias. Cuando llegó junto a sus amigos, todos le abrazaron emocionados.

—El eclipse ha llegado en el justo momento, querido Paul —dijo Jack—. Estás a salvo. Eres muy valiente y nosotros estamos orgullosos de tenerte por amigo.

Tan pronto como el capitán vio que el sol había desaparecido comenzó a gritar y agitar los puños como si amenazara al cielo. El rey cayó de rodillas frente al capitán rogándole clemencia. Realmente aquel hombre blanco era el mago más poderoso del mundo.

Entonces comenzó a clarear, puesto que la luna iba apartándose lentamente de entre la tierra y el sol. Las estrellas desaparecieron y todo quedó bañado por una luz grisácea como de atardecer.

Esto ya era demasiado para aquellos pobres hombres ignorantes. Habían presenciado la muerte del sol, pero aquel otro raro fenómeno era más de lo que podían soportar.

Chillando y corriendo se precipitaron todos hacia la escalinata de dorados escalones. Los dos guardianes abandonaron al rey en la torre del templo. El rey seguía de rodillas frente al capitán Arnold.

Gradualmente se hizo la luz y el sol brilló de nuevo en el cielo. Los pájaros empezaron a cantar y los monos a chillar, saltando de árbol en árbol. Todo había vuelto a la normalidad.

El capitán levantó del suelo al rey y bajó de la torre.

—Mafumu, dile que nos deje salir de aquí o mataré al sol para siempre.

Así se lo dijo el negro al rey, pero éste pareció no hacerle caso, porque consideraba una falta de respeto que un niño se atreviera a dirigirle la palabra. Pasó por delante de todos y se dirigió hacia el «ascensor» dorado.

—Mafumu, dile que nosotros nos iremos por la escalera y que sus guardianes nos enseñen cómo salir de esta Montaña.

Mafumu llamó al rey, pero éste no le hizo caso; entró en aquella especie de jaula

y desapareció.

—Bueno, se ha marchado y han dejado la puerta abierta —dijo Mike—. ¡Madre mía, qué aventura! Yo también me asusté un poco al ver brillar las estrellas en pleno día...

—Marchémonos de aquí, rápido —ordenó el capitán.

Los muchachos cogieron algunos pasteles y fruta y todos fueron hacia la dorada puerta, que aún permanecía sin cerrar.

Pero cuando estaban llegando, la puerta se cerró rápida y silenciosamente.

—Hemos caído en una trampa. Nos han engañado —dijo el capitán.

Golpeó la puerta, buscó la cerradura, pero no tenía ni cerrojo ni manecilla: era una tabla lisa de madera.

¡Volvían a estar prisioneros de los hombres pelirrojos de la Montaña Secreta!

CAPÍTULO XX EL GRAN PÁJARO

—¡La trampa! —gritó Mike—. La trampa por donde sube el «ascensor». El rey la ha dejado abierta.

Los chicos corrieron hacia allí, pero sólo vieron un enorme agujero como un pozo negro cuyas paredes eran de piedra lisa y que no se veía el final.

—Por aquí no podemos escapar —dijo Mike—. Necesitaríamos una cuerda muy larga.

—El «ascensor» lo suben tirando de una cuerda, ¿verdad? —preguntó la señora Arnold—. Pues aunque esté abajo, las cuerdas tienen que estar sujetas a algún sitio de aquí arriba.

—¡Naturalmente! —exclamó su esposo.

Pero buscaron mucho rato sin encontrarlas. Estas cuerdas habían sido cortadas...

—Será mejor que cerremos la trampa; es peligroso dejar este agujero abierto. Ya hemos visto que por aquí no podemos escapar.

—Estos hombres deben estar riéndose de nosotros ahora. Hemos sido unos incautos. Aquí nos tendremos que quedar hasta el fin de nuestros días —exclamó Mike tristemente.

—Bueno, ahora es mejor que comáis algo y procuréis descansar.

Decidieron que uno de ellos se quedara siempre de guardia. Cuando llegó la noche el capitán volvió a intentar abrir la puerta. Era imposible. No había esperanza. Después el capitán se fue a dormir y vigilaron Mike y Jack, pero no ocurrió nada anormal. Salió el sol y los niños se despertaron. Tenían hambre, pero sólo quedaban algunos dulces...

—Espero que no vayan a dejarnos morir de hambre —dijo Mike.

Hacia las diez de la mañana la gran puerta volvió a abrirse y aparecieron muchos hombres pelirrojos, pero esta vez llevaban brillantes lanzas...

El capitán dijo a los niños que se escondieran en un rincón y él fue hacia el rey, acompañado de Mafumu para que le sirviera de intérprete.

Pero el rey no estaba de buen humor y no quiso hablar con nadie.

—Dile que mataré otra vez el sol, Mafumu.

—Jefe decir que matar primero a «tu» —repuso el negrito castañeteándole los dientes.

De pronto el rey, sin mediar otra palabra, levantó su lanza y, apuntando al capitán, se dispuso a lanzarla. El capitán tenía revólver y no quería matar al rey, pero disparó al aire para asustarlos. El eco de las montañas repitió el disparo. Todos se asustaron mucho y comenzaron a chillar, pero uno de ellos apuntó su lanza a la mano del capitán y la lanzó con fuerza. El revólver saltó por los aires y cayó al suelo.

El rey dio una orden y una docena de hombres armados con las lanzas rodearon al

capitán. Los demás cogieron a los niños y a la señora Arnold y los ataron a todos con fuertes cuerdas.

—¿Qué harán con nosotros? —dijo Nora.

Nadie lo sabía. El plan de aquellos hombres era llevarlos dentro de la montaña y retenerlos como prisioneros.

—¡Ojalá hubiese otro eclipse! —exclamó el capitán.

El rey ordenó que se los llevaran por la escalinata. En aquel momento se oyó un extraño ruido que iba creciendo, creciendo hasta convertirse en un estruendo ensordecedor.

«¡R-r-r-r-r-r!... ¡R-r-r-r-r-r!... ¡R-r-r-r-r-r!...»



Todo el mundo se quedó quieto escuchando aquel ruido alarmante.

—¡Es un aeroplano!... ¡Un avión!... ¡Un avión! —gritó Jack.

Era un avión, pero, ¿sería la «Golondrina Blanca»? No era posible. El ruido fue acercándose y los hombres de la montaña comenzaron a gritar.

—Ellos decir, «grran» pájaro, «grran» pájaro que canta r-r-r-r-r-r.

—Es la «Golondrina Blanca» —exclamó el capitán—. Conozco el ruido de sus motores. Ranni y Pilescu han logrado su objetivo.

—¿Podrán aterrizar aquí?

—Desde luego.

El avión fue acercándose y cuando estuvo sobre la Montaña Secreta comenzó a

describir grandes círculos y a perder altura.

—¡Va a aterrizar! —aulló Jack—. ¡Va a aterrizar! Vaya susto se van a llevar estos salvajes...

—Es «mi avión» —afirmó el príncipe Paul—. Apuesto a que lo es.

Mientras la «Golondrina Blanca» intentaba aterrizar apareció el avión de Paul.

—Sí que lo es. Es «tu» avión, Paul. El avión azul y plateado —exclamó Peggy—. Mirad la «Golondrina Blanca»; lo pilota Ranni...

El avión aterrizó sin novedad y se detuvo. La puerta de la cabina se abrió y, efectivamente, apareció nuestro amigo Ranni.

CAPÍTULO XXI UN EMOCIONANTE RESCATE

El rey y sus súbditos estaban locos de terror cuando vieron el gran pájaro posarse en su montaña. Cuando el avión aterrizó, comenzaron a lamentarse como si les afligiera un gran dolor.

Los niños corrieron hacia Ranni y le hicieron muchas preguntas.

—Si me hubieras visto ayer... —dijo Paul—. Llevaba un vestido de oro y un sombrero.

Los fieros habitantes de la Montaña Secreta habían puesto los pies en polvorosa y habían desaparecido de la cumbre de la montaña, cerrando de nuevo la gran puerta.

El avión del príncipe Paul aterrizó junto a la «Golondrina Blanca»,

—Han hecho ustedes un aterrizaje perfecto —dijo el capitán a Ranni y a Pilescu, que era quien pilotaba el avión del príncipe.

—Vámonos pronto de aquí. Hemos escapado milagrosamente de un gran peligro.

—Ranni, Pilescu, Paul, Jack y las chicas pueden ir en el avión del príncipe, que es mayor que el nuestro. Con nosotros vendrá Mafumu. No podemos dejarlo aquí...

—¿Todo listo? —preguntó Pilescu con las manos en el freno y mirando hacia la cabina de pasajeros—. ¿Dónde está Paul? ¿No viene con nosotros?

—No está aquí —dijo Jack—. Estará en el avión «Golondrina Blanca».

—Bien —dijo Pilescu, y se dispuso a partir, pero Ranni le detuvo.

—Tenemos que «ver» si Paul está en el otro avión. No quiero llegar a Inglaterra y encontrarme con que Paul no está ni en este avión ni en el otro.

Ranni bajó del aparato y gritó:

—¡Eh! ¿Está con ustedes Paul?

—¿Qué? —aulló el capitán.

—¿Está PAUL ahí? —repitió Ranni.

—¡Nooooo! ¡Dijo que iría con ustedeeeee! —chilló de nuevo el capitán, porque el ruido de los motores era infernal.

Ranni palideció intensamente. Quería a Paul más que a nadie en el mundo y no pensaba abandonar la montaña sin él.

Nora le llamó.

—Ranni, mira si está en el templo.

El piloto corrió hacia allí, imaginando que algo malo le había sucedido a su príncipe. Cogió su rifle dispuesto a matar a todos los habitantes de la Montaña Secreta si se atrevían a tocar a su príncipe.

Efectivamente, Nora tenía razón. Paul estaba en el templo, pero no prisionero. En sus brazos tenía el rico vestido que le pusieron aquel terrible día, y de sus hombros colgaba una brillante capa. Estaba resuelto a llevárselo con él a Inglaterra para enseñárselo a sus amigos.

—Paul, ¿qué le pasa? Casi nos marchamos sin usted...

—Hola, Ranni. Estos vestidos son míos y quiero llevármelos. Tú no los habías...

Pero con gran asombro de Paul, Ranni le dio un sonoro bofetón, recogió la ropa, agarró al niño de la mano y se lo llevó a su avión.

Los hombres de la montaña abrieron cuidadosamente la gran puerta y apuntaron con sus lanzas. Una lanza pasó rozando la oreja de Ranni. Echaron a correr y se metieron en la cabina.

—Este bobo había vuelto al templo para recoger estas ropas —dijo Ranni, todavía asustado, pensando que podían haber marchado sin Paul.

Pero Paul también estaba enfadado. Se levantó del asiento y dijo:

—¿Cómo te atreviste a pegarme? Se lo diré a mi padre, el rey. Él te hará..., él te hará...

—¡Cállate! —dijo Jack—. Si no te callas te voy a pegar yo. Por tu culpa por poco no podemos salir de aquí.

Y era cierto, porque varias lanzas chocaron contra los aviones. Las hélices comenzaron a dar vueltas, el ruido se hizo más ensordecedor y los aviones se elevaron suavemente.

Primero partió la «Golondrina Blanca», después el avión de color plata y azul del príncipe Paul.

Jack miró hacia abajo. Los hombres de pelo rojo y piel amarilla estaban reunidos en la cima de la Montaña Secreta. Parecían hormigas. La montaña iba alejándose de su vista.

—Nos hemos escapado de una extraña manera —dijo Nora—. Bueno, Paul, alégrate, hombre, no pongas esa cara de funeral.

—Lo siento —dijo Paul—. No estaba pensando en la montaña. Me alegra tener conmigo este vestido y este raro sombrero. Se lo enseñaré a mis amigos.

Todos se rieron mucho por la ingenuidad de sus palabras.

—Propongo que Ranni nos cuente cómo pudieron escaparse de la Montaña Secreta.

—Bueno, pues fue muy fácil —repuso Ranni—. Cuando llegamos al final de la escalinata vimos a uno de aquellos hombres llevando unas lanzas. Creímos que saldrían a cazar y nos mezclamos con ellos.

—¿Qué interesante! ¿Lo adivinaron?

—Sí, pero anduvimos por una infinidad de pasadizos hasta que llegamos a la salida precedidos por los cazadores.

—Tuvieron «suerte» —dijo Jack.

—Sí, pero nos costó mucho encontrar los aviones. Estuvimos unos días perdidos en la selva.

—¿Les fue difícil localizar la Montaña Secreta?

—Muy fácil, por su color y porque es la única que tiene una llanura empedrada en la cima...

—¡Eh! —gritó Jack interrumpiéndole—. ¿Qué está haciendo la «Golondrina Blanca»?... ¡Está aterrizando!

—Eso parece. Espero que no pase nada malo.

—Tenemos que aterrizar nosotros también a ver qué sucede —dijo Ranni preocupado.

El avión del príncipe aterrizó junto a la «Golondrina Blanca».

En aquel momento el capitán Arnold descendía de su avión.

—¿Qué les pasa? ¿Sucede algo malo? —dijo Ranni, saltando de su cabina—. Venimos a ayudarlos...

CAPÍTULO XXII

ADIOS A MAFUMU... Y ¡POR FIN EN CASA!

—No nos ocurre nada —contestó el capitán sonriendo—. Pero no podemos llevarnos a Mafumu a Inglaterra; tiene que volver con su tribu. Ellos viven cerca de aquí. Vea, allá en aquel poblado —dijo señalando unas casas con techo de paja.

—Los niños querrán despedirse de él. ¡Eh, Jack!, acompáñalos, y tú también, Paul. Os esperaremos aquí.

Todos los niños salieron de los dos aviones para despedirse de su amiguito, a quien debían también su rescate, puesto que les había servido de gran ayuda haciendo de intérprete.

—¿No podemos llevárnoslo? —preguntó Paul—. Podemos regalarle vestidos y vendría con nosotros a la escuela.

—Mafumu no sería feliz en Inglaterra —dijo Ranni—. Prometo que volveremos a hacerle una visita y no me sorprendería que llegase a ser jefe de su tribu; es valiente y tiene talento.

—¡Oh! Todo el poblado viene hacia aquí corriendo. Apuesto a que han visto a Mafumu.

Era cierto. Todos los habitantes del pequeño poblado, hombres, mujeres y niños se acercaban corriendo. Habían visto a Mafumu y aunque temían al «gran pájaro» pensaron que no sería peligroso si Mafumu volvía en uno de ellos sano y salvo.

—Mafumu, toma este recuerdo —dijo Paul, y le entregó un bonito cortaplumas de oro.

Mafumu estaba contentísimo. Alguna vez había visto usarlo a Paul y ni siquiera se había atrevido a pedirlo prestado y ahora era suyo..., ¡suyo!

Entonces, todos dieron a Mafumu un regalo. Nora le dio un collar de cuentas. Peggy, un broche con su inicial «P». Mike, tres canicas de cristal, y Jack le entregó un precioso lápiz de plata. Mafumu no cabía en sí de alegría. Estaba muy emocionado y sonreía continuamente enseñando sus dientes blancos como la nieve.

De pronto se arrodilló y besó los pies de Jack.

—¡Levántate, Mafumu! —dijo apuradísimo.

Mafumu se levantó. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Él no tenía nada que darle a su amito Jack, nada..., excepto el collar de dientes de cocodrilo. Se lo quitó rápidamente y se lo entregó a Jack.

—No, Mafumu, yo sé que tú crees que estos dientes de cocodrilo te preservan de todo peligro. Guárdalo.

Pero Mafumu no quiso tenerlo de ninguna manera. Se lo puso en la mano de Jack y éste lo cogió y se lo metió en el bolsillo. Tenía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar.

Ranni le dio un espejo, y Pilescu, una libreta para que escribiera con su lápiz

«mágico», que salía la punta dándole la vuelta. El capitán le regaló unos anteojos y la señora Arnold una fotografía de todos sus hijos. Mafumu bailó una danza guerrera alrededor de todos los regalos.

Los nativos habían ido acercándose a Mafumu sorprendidos de ver cuántos regalos le habían hecho.

—¡Adiós! —dijo el negrito en inglés—. Adiós. Volver, volver otro día. ¡Mafumu amigo vuestro!

Todos subieron de nuevo a los aviones. Las gentes de aquel poblado se apartaron y de nuevo la «Golondrina Blanca» y el avión del príncipe surcaron los aires.

—No me gusta haber tenido que dejar a Mafumu. Era nuestro amigo. Estoy muy triste —suspiró Peggy.

—Jack tiene la suerte de poseer un collar de dientes de cocodrilo —dijo Paul.

—Y tú tienes la suerte de tener unos vestidos y un sombrero tan bonitos para enseñar a tus amigos —replicó Peggy.

Los aviones dieron la vuelta y volvieron a volar sobre la Montaña Secreta. Todos miraron por las ventanillas.

—¿Verdad que fue divertido el eclipse de sol?

—¿Y verdad que estaba elegante Paul con su traje y su sombrero? —recordó Peggy.

—¿Y no fue estupendo cuando estábamos a punto de volver a caer prisioneros y oímos el ruido de los motores de los aviones? —exclamó Jack.

—Me gustaría volver a vivir una aventura igual que ésta —dijo Paul—. Ha habido momentos muy peligrosos. Pero yo amo el peligro.

—Bueno, podemos estar contentos de que esta aventura haya terminado y que la podamos contar —dijo Ranni—. Ahora regresaremos a Inglaterra y volveréis sanos y salvos a la escuela.

—¡La escuela! No puedo imaginar la escuela después de pasar tantas aventuras extraordinarias —dijo Paul—. No quiero volver a la escuela. Quiero ir a otro lugar en mi avión, Ranni.

—Puede usted querer lo que le plazca, pero la escuela es el lugar mejor y más seguro para usted. Puede contárselo a sus compañeros y seguro que le creerán un héroe.

—No soy un héroe, pero me gustaría que mi pueblo lo creyera.

Los aviones seguían su ruta. Por fin aterrizaron en un aeropuerto para repostar gasolina. Los niños comieron en un restaurante. El capitán mandó un telegrama urgente a Inglaterra diciendo que estaban a salvo.

Luego reemprendieron el vuelo rumbo a Inglaterra.

Los niños durmieron toda la noche. Es divertido tener peligrosas aventuras, pero era estupendo estar de nuevo en casa.

Al día siguiente llegaron a su país. Aterrizaron en Croydon. Una multitud de fotógrafos y periodistas los rodearon cuando bajaron del avión. El capitán dijo unas palabras por radio anunciando que estaban bien.

Subieron a dos coches que los estaban esperando y se dirigieron a Londres. Allí los estaba esperando Dimmy.

Dimmy estaba en lo alto de la escalera. Los niños subieron los escalones de dos en dos y se precipitaron a sus brazos. Todos hablaban a la vez.

—Hemos estado en África...

—Encontramos la Montaña Secreta...

—Iban a matar a Paul para contentar al dios Sol...

—Vino un eclipse y pensaron que habíamos matado el Sol...

—A «mí» sí que me vais a matar si no me soltáis —dijo Dimmy con voz sofocada.

Daba gracias a Dios porque volvían a estar todos allí. Estuvo todo el tiempo terriblemente preocupada, pero ya había pasado todo...

El capitán se encargó de contar la historia a Dimmy. Y por fin Dimmy se enteró de lo que les había ocurrido.

—Habéis pasado muchas aventuras, niños —dijo Dimmy—, pero creo que ésta es la mejor de todas.

—Mira —dijo Jack enseñándole su collar—. Son dientes de cocodrilo. Mafumu me lo dio.

—Bueno, niños, es muy tarde ya. Tenéis que acostaros.

—¡Acostarnos! ¿Podremos por fin acostarnos en una cama? —dijo Peggy—. No lo hemos hecho en varias semanas.

—Pues ahora lo harás. Vamos, todos. ¡A dormir! Mañana habrá bizcochos y limonadas para los que vengan en seguida y «nada» para los perezosos.

Se fueron, pues, a la cama, pero aún estuvieron mucho tiempo hablando de la gran aventura que habían vivido juntos.

—¡Silencio! —dijo Dimmy—. Apagad la luz y dormíos de una vez.

Dejémosles nosotros también. Dejemos que sueñen con la extraña y lejana Montaña Secreta.

FIN



ENID BLYTON (Londres, Gran Bretaña, 1897 - Londres, Gran Bretaña, 1968). Enid Mary Blyton Pollock Darrell Waters, nacida Enid Mary Blyton fue una prolífica escritora inglesa de literatura infantil de más de 600 novelas con su nombre de soltera Enid Blyton y su nombre de casada Mary Pollock.

Enid Mary Blyton nació el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich, Londres, Inglaterra, la hija mayor de Thomas Carey Blyton (1870-1920) y Theresa Mary, nacida Harrison (1874-1969), que tuvieron además dos hijos; Hanly Blyton (1899-1983) y Carey Blyton (1902-1976). Estaba muy unida a su padre, por lo que la afectó mucho que abandonase a su esposa, para irse a vivir con otra mujer.

De 1907 a 1915 estudió en la St. Christopher's School en Beckenham, donde fue siempre la primera de su clase. Adoraba el deporte y la literatura y despreciaba las matemáticas. Aprendió a tocar el piano, en lo que demostraba algún talento, pero dejó sus estudios musicales para formarse como profesora. Durante cinco años fue institutriz en Bickley y Surbiton y consagraba su tiempo libre a la escritura.

Tras la Primera Guerra Mundial, publicó su primer libro, poético, *Murmullos de niño* (*Child Whispers*) en 1922. Fue en su editorial George Newnes, dónde conoció a Hugh Alexander Pollock (1888-1971), un distinguido héroe de guerra que trabajaba como editor. Hugh, estaba divorciado de su primer esposa Marion Atkinson, con quien había tendido dos hijos: William Cecil Alexander (1914-1916) y Edward Alistair (1915-1969). La muerte de su primogénito, la infidelidad de su esposa y posterior

divorcio, le habían hecho caer en una depresión y el alcoholismo, que arrastraría a lo largo de toda su vida.

Enid y Hugh contrajeron matrimonio el 28 de agosto de 1924, y se instalaron en Buckinghamshire, finalmente adquirieron una propiedad, «Green Hedges», en Beaconsfield, el nombre de la propiedad fue escogido por sus lectores en un concurso. El matrimonio tuvo dos hijas: Gillian Mary (1931-2007) e Imogen Mary (n. 1935). A mediados de los treinta Enid sintió deseos de convertirse a la fe católica, pero desistió a causa de las renunciaciones que tendría que hacer en su vida. Dio sin embargo a sus hijos una educación religiosa.

A comienzos del año 1938 su marido enfermó de neumonía y estuvo hospitalizado varios meses. El matrimonio estaba distanciado, y Enid no tardaría en iniciar una serie de breves romances. Además, debido a la segunda guerra mundial, su marido se reincorporó al ejército como Comandante instructor y asesor de Winston Churchill, por lo que apenas se veían. Cuando su marido fue herido durante unas maniobras, Enid no lo visitó durante la convalecencia, pero sí lo hizo Ida Crowe, otra escritora, que había obtenido gracias él un puesto como secretaria civil. Mientras, Enid había conocido a un cirujano, Kenneth Fraser Darrell Waters (1892-1967), con quien inició una relación romántica en 1941. En 1942, su marido decidió que debían divorciarse, pero Enid no quería dañar su imagen pública. Su marido aceptó declararse culpable de adulterio para acelerar el divorcio. El 20 de octubre de 1943, Enid y Kenneth se casaron, entonces hizo tomar a sus hijas el apellido de Darrell Waters, prohibiendo a su padre tener contacto con ellas. Seis días después que su exesposa, Hugh se casó con Ida Crowe, con quien tuvo una hija, la también escritora y editora, Rosemary Pollock.

En el curso de los veinticinco años siguientes Enid publicó sus novelas más célebres y, tras la muerte de su segundo marido, la salud de la escritora se degradó muy rápidamente; aquejada de mal de Alzheimer se internó en la clínica de Greenways (en Hampstead), y murió tres meses más tarde. Sus cenizas reposan en el crematorio de Golders Green.

Su hija menor Imogen Smallwood, publicó en 1989 una autobiografía sobre su infancia *A Childhood at Green Hedges*, donde describía a su madre como una persona emocionalmente inmadura, sin embargo su hija mayor Gillian Baverstock, siempre defendió su imagen y sobre todo su trabajo, publicando a su vez un libro sobre su madre en 1997. Ida Pollock, la tercera esposa de su primer marido, también la criticó su carácter en su autobiografía *Starlight*, publicada en 2009 a los 100 años.

En 2009 la BBC realizó una película basada en la vida de Enid Blyton con Helena Bonham Carter como protagonista, con Matthew Macfadyen como Hugh Alexander

Pollock y con Denis Lawson como Kenneth Fraser Darrell Waters.

Su obra literaria, centrada en el mundo preadolescente, se caracteriza sobre todo por el recurso a pandillas formadas por varios niños que actúan por lo general al margen de los adultos del lugar, con frecuencia como detectives; también ha realizado series muy populares sobre centros educativos femeninos en régimen de internado. Sus libros han tenido gran éxito en muchos países, existiendo traducciones al alemán, chino, finlandés, francés, eslovaco, español, hebreo, holandés, japonés, malayo, portugués y sueco, entre otros cerca de noventa idiomas. Según el *Index Translationum* (datos de febrero de 2007), es el quinto autor más popular del mundo, con más de 3300 traducciones de sus obras y más de 400 millones de copias vendidas.

Esta popularidad no se acompaña del respeto de la crítica literaria, que tiende a reprocharle la escasa imaginación exhibida (repite constantemente sus fórmulas narrativas), el abuso de los tópicos en la caracterización psicológica, muy superficial, y la pobreza de su estilo y de su léxico, que no favorece el desarrollo de la afición por la literatura. Se trata, a grandes rasgos, de un tipo de literatura que «no alimenta y engorda». También ha sido acusada de recurrir con excesiva frecuencia, a la hora de dibujar los «malos» de sus obras, a estereotipos étnicos que denotan un cierto racismo larvado y subyacente.

Entre sus creaciones más famosas se cuentan Noddy, un hombrecillo de madera que vive en una diminuta casa en el mundo imaginario de *Toyland*, y la serie de 21 novelas de *Los cinco* publicada entre 1942 y 1963, protagonizada por los adolescentes hermanos Julian, Dick y Anne; su prima Georgina y el perro de ésta, Tim, que hacen de detectives en historias que combinan el misterio y la aventura.

La obra de Enid Blyton se puede dividir en tres tipos bien diferenciados:

- Aquéllos en los que niños normales se ven envueltos en situaciones extraordinarias, resolviendo crímenes, desvelando misterios y viviendo toda clase de aventuras. En este tipo se incluyen las series de *Los Siete Secretos*, *Los Cinco*, *Aventura*, *Secreto*, *Misterio* y *Misterios de Barney «R»*, conocida así porque su protagonista se llama Barney y todos sus títulos comienzan por la letra «R» en el original inglés.
- El segundo tipo de sus obras se desarrolla en internados femeninos y su trama hace más énfasis en el día a día en estos colegios, con la interacción social de varios tipos de caracteres. Aquí se engloban las series *Santa Clara* y *Torres de Malory*.
- El tercer tipo es la fantasía. En estos libros los niños se ven transportados a un mundo mágico en el que encuentran hadas, duendes, gnomos, elfos y otras

criaturas fantásticas.